

## Loquillo

### Historia de una rock and roll star

Treinta años después de que Loquillo grabara su primer disco, poco queda en él de aquel jovencito espigado que posaba en las fotos con aspecto de arrogante y peligroso rocker. Si acaso el tupé. Pero incluso éste ha cambiado y ahora luce un atractivo gris. Además, su propietario, que gusta vestir con cuidada elegancia y mima los detalles, ya no es ninguna promesa por hacer, es una de las leyendas mayores del rock español, una de las más sólidas y rotundas. En el viaje que le ha llevado hasta aquí, hemos visto a Loquillo, al Loco, crecer como persona y como artista a cada paso que daba. Inquieto y ajeno a los estados acomodaticios se ha reinventado en diversas ocasiones, ha peleado duro por defender su lugar en los tiempos más difíciles y no ha bajado ni por un momento el listón de la calidad en su extensa obra.

Su nombre está unido indefectible al de los Trogloditas, pues con ellos ha transcurrido la mayor parte de su trayectoria profesional y junto a ellos ha hecho historia sobre los escenarios y en disco. Pero, ahora, en su madurez personal y artística, liberado de las ataduras que imponía el sonido grupal y libre para hacer exactamente lo que quiere, vive su mejor momento. Conoce a la perfección la historia del rock y sus *rock and roll stars*, se sabe una de ellas y está dispuesto a seguir modelando su leyenda sin defraudar a la parroquia, sin dar un traspíe y sin traicionarse a sí mismo.

**Texto: JUAN PUCHADES.**

Es 1981 y a las tiendas de discos especializadas en rock llega *Los tiempos están cambiando*, el debut de Loquillo, del que los jóvenes aficionados hemos sabido por Radio 3 gracias a Jesús Ordovás. Merece la pena subirse al bus, ir hasta el centro de la ciudad y desprenderse de las quinientas o seiscientas pesetas –¡mucho dinero para el bolsillo de un quinceañero!– que cuesta hacerse con ese plástico negro. Pero hay que apoyar al nuevo rock español, estar en el rollo y, qué diantres, ese álbum tiene algo muy especial, suena a gloria. En poco más de veinte fogosos minutos condensa el espíritu del momento: Hay que poner patas arriba el rock español y hay que hacerlo ya. Mirando lo que se cuece por ahí afuera, pero en nuestro idioma, a nuestro modo y con nuestras armas, principalmente la de la entusiasta desfachatez musical. Llegas a casa, lo pinchas en el "tocata" y... ¡empieza la fiesta!

#### La bestia quiere rugir

Loquillo –nacido José María Sanz Beltrán el 21 de diciembre de 1960– proviene de una modesta familia –con genes aragoneses y valencianos– del barrio del Clot de Barcelona. Sabe que su padre luchó en la Guerra Civil, en el bando perdedor, el que defendía la legalidad republicana, que conoció los campos de concentración franceses, esos que acogían a los que huían de una España rota que caminaba hacia cuarenta años de dictadura fascista. Santiago Sanz es un héroe a los ojos de su único hijo, ese niño tímido que mitifica algunos de los momentos esenciales de la historia de los años 60 –la llegada del hombre a la Luna, los asesinatos de Kennedy y Luther King–, que en el tocadiscos de casa escucha los discos familiares –Dean Martin, Nat King Cole– y se maravilla con Simon & Garfunkel, que mientras crece –y crece mucho: Diez centímetros después de superar una hepatitis a los trece años– mezcla imágenes, sonidos y lecturas de la cultura pop. Hasta que con Elvis y el alocado especial televisivo desde Hawaii le llega la revelación de la mística rockera. Y con la película *American Graffiti* (1973)

encuentra el camino. El que enfila sin parada en peajes hacia el rock and roll clásico.

Chupa de cuero casera, camiseta blanca ceñida, brillante tupé... La estética te hace diferente. No eres como los demás, los que siguen al rebaño de los convencionalismos. Si tienes el valor de salir a la calle como los antihéroes de *Rebelde sin causa* o *La ley del silencio* –y Loquillo, el mitómano, ve paralelismos entre tales cintas y la realidad juvenil de las calles de su barrio, siempre en la frontera de la delincuencia y la supervivencia–, si te creas tu propia película, estarás dando los primeros pasos que harán de ti alguien único y, tal vez, te abran la puerta que te saque del barrio. Aunque ahora haya que asumir que en la calle te miren mal o que te expulsen de tu equipo de básquet por esas "pintas" que te gastas, truncándose así tu prometedora carrera como pivot.

Luego llega la certeza de que no estás solo, que en la ciudad unos cuantos chavales, en sus habitaciones forradas con pósters de sus estrellas, comparten tus sueños. Sueños en color –desde un mundo en blanco y negro, el de la España de los 70– de dos décadas atrás y otro continente, de buenas chicas con zapatos planos, faldas de vuelo, sujetadores blancos que comprimen juveniles pechos turgentes que se elevan descarados hacia el cielo y, siempre, de cabellos dorados. Chicas que caen rendidas ante el encanto de jovencitos enfundados en apretados jeans que guardan un pequeño peine en el bolsillo trasero –cerca de una navaja tan afilada como sus miradas de adolescentes solitarios enfrentados al mundo–, con el que recolocar a dos manos el tupé que marca la delgada línea entre el bien y el mal.

Toda una película que alimenta la mitología de la década de los 50 en esos Estados Unidos que, tras salir victoriosos del rescate del mundo occidental en la Segunda Guerra Mundial, fomentan "el sueño americano", ése que asegura que de la nada puedes llegar a forjarte a ti mismo, acceder a un trabajo bien remunerado con el que circular con firmeza por la autopista que lleva hacia la sociedad de consumo, a una casa en una zona residencial con tu pequeña parcela de jardín, coche de proporciones tendentes al gigantismo y barbacoa familiar los domingos. Y, con esfuerzo personal –esta es la cultura de la individualidad– y algo de suerte, hasta puedes acabar siendo millonario e invertir en acciones de Ford o General Motors y asegurarte así una vejez tranquila cerca de tu hoyo favorito en el campo de golf. Es una sociedad de encías sanas y dientes blancos. Sobre todo blancos. En la que en muchos estados todavía existe la segregación racial y que mira de soslayo y con temor a ese rock and roll que Little Richard y Chuck Berry han transformado desde el rhythm and blues y que Bill Halley y, principalmente, Elvis han sabido capturar y vender entre la saludable juventud blanca. Sobre todo blanca. El diablo, ya se sabe, es negro y mueve los pies a ritmo de rock.

En una era sin internet –sí, señoras y señores, niños y grandes, ¡hubo un tiempo en el que vivíamos sin internet! ¡Ni teléfonos móviles!– y en una España que con cautela despertaba a la democracia, era fácil, siendo un adolescente, soñar con mundos mejores, aunque tuvieran mucho de nostalgia de lo no vivido. Nostalgia que alimentaban fenómenos como el rockabilly, movimiento revisionista de aquel primer rock and roll y ligado principalmente a Inglaterra. Y José María Sanz, en breve Loquillo, admira sin ambages esa estética y ese ritmo. Pero, chico inquieto, lee revistas de música para saber del presente y de todo el pasado del rock, y compra discos de los Rolling Stones, de David Bowie o de Lou Reed, escucha a Los Sírex –muy probablemente, el mejor grupo que dio el rock español en la década de los 60– ha asistido a ensayos de Lone Star –quienes tienen el local cerca de su casa, en el Clot– y sabe de los Ramones y los Clash, del punk y de la new wave neoyorquina de Blondie –como todos, cae rendido ante la belleza de la pérfida Deborah Harry–. Escucha a Bob Dylan y lee a Dylan Thomas. Loquillo –su alargada figura y su corte de pelo así lo bautizan en el ambiente del básquet–, en suma, no le hace ascos a nada: Tiene una tremenda voracidad cultural que alimenta con una variada dieta musical. Es un rocker, sí, pero no un fundamentalista.

Loquillo quiere tener un grupo de rock, pero no sabe cómo. Pone un anuncio en una tienda de

discos con el que busca pares, rockers como él. Responde Carlos Segarra, un jovencito que toca la guitarra, canta y se atreve a escribir sus propias canciones. Ambos tantean el incipiente y *underground* nuevo ambiente musical barcelonés –contrapuesto a la establecida onda laietana y sus sonidos progresivos y de fusión con el jazz–, más propicio a la new wave que al rock and roll. Van metiendo la cabeza y conocen a bandas como los C-Pillos.

De casualidad y a propuesta de un conocido, en el verano de 1978 Loquillo termina debutando en el club Tabú, en las Ramblas, un local que alterna barra americana –señoritas con los pechos al aire sirviéndole copas a señores tan interesados en el alcohol que consumen como en los pezones que se les ofrecen bamboleantes a la vista– con sesiones de rock. Loquillo, que no ha cantado nunca en público, acompaña –hasta las once de la noche, que es menor de edad y a esa hora entran a trabajar las camareras– a los músicos del local, profesionales en busca de unas pesetas con las que ganarse el sustento. Entre versiones, en inglés inventado y macarrónico, de "Blue suede shoes" o "All right now", también ataca el "Soy así" de Los Salvajes y el "San Carlos Club" de Los Sírex. ¿Ha nacido una estrella? No, se ha despertado la bestia.

Y la bestia quiere rugir. Encima de un escenario o donde sea. Y ruge. Ruge desde las páginas de las revistas *Popular 1*, *Star* y *Disco Exprés* firmando artículos sobre los primeros días del rock and roll o la nueva escena rockabilly, ruge con sus nuevos amigos los rockers, montando el pollo en grandes almacenes que se suman a la "moda rock and roll" al calor del estreno de *Grease* –un producto de aquel mismo 1978, infame y edulcorado a los ojos de los auténticos guardianes de las más puras esencias rockanroleras–, en conciertos de Ramoncín o de Miguel Ríos... En la prensa de la ciudad se habla de esa nueva tribu urbana –entonces todavía no son tribus, son pandillas o, peor, pandilleros– y se enfoca hacia quien creen su líder, la cabeza visible más por altura que por otra cosa, Loquillo. El mito, como se ve, está empezando a forjarse aunque sea siguiendo esa máxima irónica que asegura que hablen de ti, aunque sea bien...

Y José María Sanz, que actúa en alguna ocasión junto a Carlos Segarra bajo el nombre de Teddy Loquillo y sus Amigos, hace lo que puede por superar la invisibilidad: Unas veces como mánager de Segarra, otras, incluso, acudiendo a playbacks televisivos en Madrid simulando que toca junto al gigantesco Sleepy LaBeef y el enjuto pero espídico Robert Gordon: El primero, un formidable clásico de la serie B del rock and roll y el country desde finales de los 50 que vive sus –a todas luces inesperados– días de gloria en el continente europeo en la recta final de los años 70; el segundo, una de las estrellas del momento en la escena internacional gracias a su ingenio al unir rockabilly con desfachatez punk. Loquillo lo intenta. Y, ya se sabe, la perseverancia tiene premio; o, en refranero popular, el que la sigue la consigue.

### **Camino a la gloria**

En el otoño de 1980, mientras los grupos de la nueva ola comienzan a acceder a discográficas madrileñas, los avispados propietarios de una minúscula discográfica de Barcelona especializada en cutres cintas de carretera en su fracción "covers" –versiones de temas clásicos interpretados por anónimos músicos hispanos, con los que confundir/engañar al camionero o al conductor dominguero. Esto, en aquellos años, era una práctica bastante habitual: Comprabas una cinta rotulada como *Éxitos de The Rolling Stones* y luego te encontrabas a un oscuro grupo de, supongamos, Huelva que sentía simpatía por el diablo y no alcanzaba la satisfacción; lo mismo que le sucedía al comprador cuando descubría la estafa de que había sido objeto–, leen en la prensa de la ciudad de ese Loquillo que le atiza al rock and roll. Así que buscan su número de teléfono y, sin más ni más, le proponen grabar un disco. La respuesta, no podía ser de otro modo, es un rotundo sí. Pero condicionado, porque los de la discográfica quieren que interprete versiones –ese es su negocio– de clásicos del rock and roll, pero él les convence de hacerlo en castellano e incluyendo temas propios de los que, les asegura, está bien surtido.

Hay que moverse, porque la verdad es que Loquillo anda bien escaso de repertorio ya que, no nos engañemos, hasta ahora su aventura musical no ha dejado de ser un divertimento alimentado desde la más absoluta falta de perspectiva profesional: Un par de canciones compuestas junto a Carlos Segarra y alguna prestada por Sabino Méndez, componente de Los Intocables, extraña y ruda banda más próxima al abierto sentido punk de los Clash que al militante rockabilly de los Stray Cats y con la que Loquillo ha comenzado a ensayar.

Pero Loquillo, el soñador, no está dispuesto a dejar pasar la oportunidad de grabar un disco. ¿Quién lo estaría? Así que se pone en marcha y convoca a tres grupos amigos –Los Rebeldes de Carlos Segarra, que llevan el mayor peso instrumental en el disco, Los Intocables y Los C-Pillos– para que aporten temas y toquen en ese elepé que se resuelve a las bravas y en dos días de finales de diciembre de 1980: uno para grabar, el otro para mezclar. Esto sí que es una película y no *American graffiti*.

Sin embargo, lo que son las cosas, ese disco surgido de la casualidad y que podría haber sido un desastre manifiesto, lo pones hoy en día y sigue sonando asombrosamente fresco, imperfectamente espontáneo. Está lleno de vitalidad, de ingenio, de voluntad, de magia. Y es que la fórmula de sumar talentos y canciones de unos y otros, funciona. Loquillo no lo sabe, pero acaba de definir una de las características esenciales de su carrera artística: Aglutinar a gente valiosa para que pivote a su alrededor, con él coordinando, seleccionando canciones y cantando.

El joven de 20 años que se pone delante del micrófono conoce sus evidentes limitaciones vocales y su escaso bagaje, sin embargo, su amplia cultura musical le permite saber que eso no es lo importante, que lo que cuenta es transmitir, que la intención y la actitud son esenciales en esto del rock. Y él, que anda sobrado de ambas, le pone desparpajo juvenil e incluso algo de la chulería del que ha estudiado con atención las primeras grabaciones de Ramoncín y Burning.

De los diez temas que incluye *Los tiempos están cambiando* sólo cuatro son propios de Loquillo y sus amigos: El divertido surf de "Esto no es Hawaii (qué wai)" (de Loquillo y Segarra), el beat nostálgico de "Ser o no ser" (de Los Intocables y Loquillo) y de "Porqué" (también de Carlos Segarra y Loquillo) y la pieza mayor del disco, ese medio tiempo de grandiosa e irónica letra (dada la edad del compositor y los intérpretes) que es "Rock and roll star", que firma Sabino Méndez, guitarrista de Los Intocables, y que a Loquillo, por ese clasicismo de música y verso, le cae como un guante:

"Has tenido suerte de llegarme a conocer  
creo que a nadie le gusta el nacer para perder  
abrirás una revista y me encontrarás a mí  
debo ser algo payaso pero eso me hace feliz."

Por lo demás, el disco se completa con versiones rescatadas de añejos vinilos pero adaptadas a la urgencia –prácticamente emergencia– instrumental con la que estos imberbes resuelven los temas. De este modo, el "Brand new Cadillac" del pionero británico Vince Taylor se transforma en una toma de psychobilly, y el titular "Los tiempos están cambiando", de Bob Dylan – ¡menuda herejía para un rocker versionar al bardo de Duluth recién convertido al cristianismo!–, se acelera hasta lo imposible, mientras que el "Something else" de Eddie Cochran pasa a ser, sin más, un disparo.

El disco, puesto en circulación en marzo de 1981 –situémonos en la historia: Un mes antes tuvo lugar el frustrado intento de golpe de estado de Tejero, secuestrando el Congreso de los Diputados; lo que se conoce como 23-F–, no agrada a los rockers más puros, que no comprenden porqué Loquillo se desvía conscientemente del camino recto que marca la

tradición. Pero, a cambio, es bien recibido por los seguidores del nuevo pop español. No es exactamente un álbum encuadrable en la nueva ola, pero entre los simpatizantes de ésta estamos parte de sus compradores y, en el otro lado de la calle, los incipientes punks locales también lo reciben con alborozo mientras averiguan cómo demonios se baila el pogo.

Con Los Intocables definitivamente como banda de apoyo –Sabino Méndez (guitarra), Teo "Centellas" Serrano (bajo), Juan "Caníbal" Heyndeinreich (batería) y la incorporación de Javier Julià (guitarra)–, Loquillo comienza a actuar, principalmente en Barcelona y Madrid, pero el ejército llama a su puerta y el recluta José María Sanz debe marcharse durante dos años a cumplir el servicio militar en la Marina.

Mientras Loquillo anda vestido de "popeye" por Cartagena, Cádiz y El Ferrol, todas las noches, en la sintonía de Radio 3, la emisora joven y musical de Radio Nacional, Jesús Ordovás da la bienvenida a sus oyentes con "Esto no es Hawái (qué wai)", tema que, además, bautiza su espacio radiofónico dedicado a presentar a toda la nueva escena pop que de forma imparable ha comenzado a surgir en los más insospechados rincones del país. Un término define a esta explosión cultural –no sólo musical, también visual: fotógrafos, pintores y dibujantes de cómic se hacen oír y reivindican nuevos lenguajes–: "la movida". Y Madrid es el epicentro de la misma. La ciudad, con el socialista Enrique Tierno Galván al frente del consistorio municipal, parece no dormir nunca y acoge a todo aquel que tenga algo que contar. Galerías de arte, bares y salas de conciertos son los "templos" del laicismo juvenil. Por el escenario de Rock-Ola desfila lo mejor de la escena musical internacional y nacional. Allí, precisamente, Loquillo y Los Intocables dejan para la historia una de sus actuaciones más gloriosas: Durante un "permiso" del marinero, el grupo se presenta en la ciudad con el flamante *Los tiempos están cambiando* bajo el brazo. El público que se congrega en la sala se nutre de dos fracciones claramente antagónicas, rockers y punks. La banda suple pericia con salvajismo y dosis de provocación: Loquillo dedica "Sólo un sueño", la versión de "Something else", a la memoria de Eddie Cochran y Sid Vicious. Aquello, que hoy, cuando todos los movimientos musicales han sido deglutidos por la voraz apisonadora de la caja registradora, no pasaría de ser un guiño a jalearse por el respetable –y alguno, en un arranque hortera, hasta le daría gas al mechero–, suena en 1981 a puro desprecio, y los unos y los otros –los del tupé y los de la cresta– lo entienden como un insulto a sus respectivos ídolos caídos. Allí va a haber hostias. Y las hay: Las navajas brillan en las manos de la concurrencia y la banda se defiende desde el escenario con pies de micro y cuanto objeto encuentran próximo. Ha comenzado una batalla campal que finaliza con el grupo abandonando la sala custodiado por la policía. Rock-Ola no se asemeja a Las Ventas, pero, en términos taurinos, esto es lo más parecido a salir por la puerta grande; en este caso por la del primer coso rockero del país.

Pese a la contundencia de los directos, es difícil mantener un grupo si su cantante sólo puede actuar en los días libres que la "mili" le permite de cuando en cuando. Así que, en 1982, Loquillo y Los Intocables graban el único disco que lucirá en su portada tal nombre, un EP de tres temas –"Autopista", "Rocker" y "Oh, qué casualidad"– que quedará casi como el testamento del grupo, en el que Javier Julià sigue tocando la guitarra pero, como "castigo" por haberse marchado con los poperos Melodrama es sustituido en las fotos por Carmen "Zebo" Lacarta (quien en realidad no toca en el disco) y en los créditos queda como guitarra invitado.

Tras la desbandada, de los componentes del grupo sólo Sabino Méndez esperará a que Loquillo finalice sus obligaciones para con la marina española.

De regreso a la vida civil, Sabino le presenta a Jordi Vila y a Ricard Puigdomenech, batería y guitarrista, respectivamente; ambos de Vic, como el necesario bajista, Josep Simón Ramírez, que aportan estos dos. Acaba de tomar cuerpo la primera formación de los recién bautizados Loquillo y Trogloditas.

## El rock es cosa de trogloditas

1983 es un año de intensa actividad para Loquillo y Trogloditas, primero graban un single destinado, tras la quiebra de Cúspide –aunque antes, a sus propietarios les dio tiempo, en una sucia aunque astuta maniobra, a registrar la marca Loquillo, lo que obligó a éste a tener que pagar para recuperarla–, a publicarse en un sello discográfico que planeaban montar Quimi Portet y Manolo García –sí, los mismos que darían forma a Los Burros y a El Último de la Fila–, quienes, junto al periodista Jaime Gonzalo, se encargan de la producción. Las canciones son "Vaqueros del espacio" (de Sabino Méndez) y una versión de la sintonía de la serie televisiva de los años 60 "Hawai 5-0". Ahora el grupo investiga sonidos, más orientados hacia una suerte de veloz surf music en el que las notas caen con la misma suavidad con la que la guillotina lo hace sobre el cuello del ajusticiado. Sin embargo, el disco, al abortarse el proyecto discográfico de Portet y García, acaba por salir en Tres Cipreses, el pequeño sello independiente madrileño en el que graban dos de los grupos más *cool* del momento, Parálisis Permanente y Gabinete Caligari. Como detalle curioso queda la portada, diseñada por Manolo García.

Tres Cipreses también acogerá el segundo artefacto discográfico de Loquillo y Trogloditas de aquel 1983, otro 45 revoluciones, pero ahora con tres canciones: "Todos los chicos en la playa hacen surf", "No bailes r'n'r en El Corte Inglés" y "Pacífico". Loquillo se presenta en la portada con monumental tupé y larga levita rockabilly. Y, novedad a tener en cuenta para el futuro, todos los temas llevan la firma de Sabino Méndez, sólo en "No bailes r'n'r en El Corte Inglés" éste comparte autoría con Loquillo, pues se trata de una vieja letra escrita en 1978, cuando se estrenó *Grease*, la moda rock and roll llegó a los grandes almacenes y el Loco y sus amigos la tomaron con los expositores de la planta joven.

En abril de ese mismo año el quinteto viaja a Madrid en compañía de su viejo amigo Javier Julià, que va a sumar su guitarra a la grabación del nuevo disco, el primer LP de Trogloditas, *El ritmo del garage*. Es la primera vez que los tres de Vic visitan la ciudad que, en plena y bulliciosa movida, los recibe con los brazos abiertos. El estudio se convierte en una fiesta por la que pasan Ulises Montero y su incendiario saxo, Ana Curra (Alaska y Los Pegamoides, Parálisis Permanente) con su teclado, Poch (Derribos Arias) haciendo coros, Julián Hernández (Sinistro Total) y Alaska colaborando vocalmente en "El ritmo del garage" y "Quiero un camión".

La grabación, principalmente nocturna –"y con bastante alevosía", recuerda Loquillo–, tiene lugar en los estudios Doubletronics, propiedad del técnico de sonido y productor Jesús N. Gómez, donde graba la plana mayor de los nuevos grupos madrileños. Aunque los créditos señalan como productores a Sabino Méndez y al batería madrileño Toti Árboles (del círculo Pegamoide; y al que el Loco expulsa de la grabación "por inoperante"), Loquillo, años después, asegurará que los temas y el sonido fueron trabajados por todo el grupo, aportando cada cual sus ideas y que sería Jesús N. Gómez –que figura como técnico de sonido– quien en realidad puso orden en el estudio y dirigió una grabación que, sobre todo, demuestra que se acabaron los tiempos del rockabilly, esta es una banda de rock and roll con los pies bien asentados en el presente. Loquillo y Trogloditas suenan duros y compactos, incluso toscos, pero son ellos mismos, fijando una sónica personal. Se manejan bien tanto en los temas más livianos o hedonistas como en los más dramáticos porque, hay que decirlo, Loquillo y Trogloditas empiezan a practicar el dramatismo. Quién lo iba a decir después de los dos singles surferos que habían precedido al álbum. Claro, que la carcelaria "No surf" parece poner punto final a aquellos días.

Todo el repertorio de *El ritmo del garage* lleva la firma de Sabino Méndez y, elevado a la categoría de compositor del grupo, sólo en dos canciones –"Rocker city" y "Barcelona ciudad"– las letras las firma Loquillo. Desde luego, hasta ahora sólo "Rock and roll star" y "Autopista"

podían hacernos sospechar que Méndez tenía dotes naturales para la escritura de canciones, pero aquí se destaca con brillantez, comenzando a desplegar sus poderes. Ha crecido y da muestras de una enorme capacidad para lograr que algunos de los grandes clichés de la mitología rockera suenen nuevos. Como en una de las mejores canciones del disco, y de las que más han perdurado en el imaginario popular, aunque, en su momento, no alcanzó demasiada resonancia: la crepuscular "Cadillac solitario". Sabe trazar historias generacionales con buen pulso ("María", uno de los momentos álgidos del vinilo), imaginar mundos ajenos (la mencionada "No surf"), despachar himnos vigorosos ("El ritmo del garage") e incluso escribir divertidas y pegadizas simplezas como "Quiero un camión". Ha nacido un autor, y con él se definirá la primera etapa de Trogloditas, marcada claramente por la bicefalia: Sabino Méndez escribe temas a la medida de un Loquillo que se encarga de ponerlos en pie, en disco y en escena. Detrás, queda el trío que los sustenta musicalmente.

En todo caso, y pese a contener grandes canciones, *El ritmo del garage* resulta, veinticinco años después y desde el rigor que debe ser ajeno a la nostalgia, un tanto irregular, combinando momentos sublimes con otros que de tan livianos se antojan accesorios. Sin embargo, en la realidad musical de 1983 fue un cañonazo, una bomba de relojería que marcó un punto de inflexión en el rock español: Así podía sonar un grupo moderno de rock and roll. Y el público, con razón, hizo suyo un disco que despachó más de 25.000 copias. Una cifra importante teniendo en cuenta que salió publicado en una discográfica independiente.

En 2001, Jaime Stinus remasterizó la grabación original mejorando el sonido –que nunca gustó a Loquillo, pues varias tomas se aceleraron– del que, para muchos, está considerado uno de los discos esenciales de la historia del rock español: Así lo reflejó la revista *Efe Eme*, en el verano de 2003, en su lista de los cien mejores discos del pop español, colocándose en el puesto 38 –en el 34 se situó *Los tiempos están cambiando*–. Y un año más tarde, en 2004, lo corroboró el mensual *Rock de Lux* con otra lista –esta bajo el epígrafe "Los cien mejores discos españoles del siglo XX"– en la que *El ritmo de garage* alcanzó la posición número 17.

Pero 1983 es un año en el que suceden cosas tan inverosímiles como que ese grupo de salvajes participe en el rodaje de la película *A tope*, un infame subproducto juvenil con el que su director, Ramón Fernández, trata de hacer taquilla apuntándose al carro de la modernidad, incluyendo actuaciones de, además de Loquillo y Trogloditas, Alaska y Dinarama, Nacha Pop, Derribos Arias, Golpes Bajos, Aviador Dro, Gabinete Caligari, Vídeo y Objetivo Birmania. Loquillo y su banda comienzan a forjarse un nombre, están en la misma oficina de management que Nacha Pop y Alaska y Dinarama, con los que, en ocasiones, comparten cartel. Salen a la carretera, están viviendo el rock and roll, para ellos esto todavía es pura diversión, el futuro queda lejos, se lo pasan bien tocando, tratando de conseguir chicas, disfrutando de las sensaciones que les ofrecen las noches de todo el país. Las anfetaminas ayudan a fomentar risa, extroversión y camaradería.

En octubre de 1984 el grupo regresa a Doubletronic, de nuevo con Jesús N. Gómez en los controles, pero ahora con Iñaki Altolaquirre, técnico de sonido que los acompaña en directo, al frente de la producción. En esta ocasión sólo participa en la grabación el quinteto y no van a editar un LP, sino un mini álbum con cinco temas escritos en los últimos meses.

La portada de este disco parece no querer dejar lugar a dudas respecto al contenido: Un primer plano de un Loquillo blanquecino, sudoroso y maquillado sobre un fondo completamente negro. Se aprecia que viste una cazadora de cuero, también negra, lógico. La mirada, entre el asombro y la sorpresa, se dirige hacia el exterior, no se sabe bien si invitando a extraer el vinilo o tratando de explicar que el encuadre musical, definitivamente, se ha movido. Porque *¿Dónde estabas tú en el 77?* es un álbum en el que Loquillo y Trogloditas han decidido ir un paso más allá, chapotear en las nuevas tendencias que marca el rock siniestro de Killing Joke o Bauhaus, pero a su manera. Para ello trasladan al estudio el sonido denso de sus directos, esa peculiar

manera de "ejecutar" como a cuchilladas, sobre todo en las guitarras de Ricard Puigdomenech y en la batería, modélica y que marcó toda una época del rock español, de Jordi Vila.

Al mismo tiempo, *¿Dónde estabas tú en el 77?* es el disco madrileño de la banda catalana y para certificarlo abren con la gema de esta breve colección, "En las calles de Madrid", un tema perfecto de Sabino Méndez, con una letra que trata de capturar el espíritu abierto de la época y que incluye referencias a dos creadores esenciales, ambos previos a la movida: El genial e inspiradísimo dibujante proveniente del *underground* Ceesepe –"Madrid... Alma de Ceesepe late muy dentro de ti", entona con sentimiento Loquillo– y el guitarrista por excelencia del rock madrileño, Pepe Risi, de los Burning –"Dile a Pepe Risi que ya puede sonreír / Él mató el silencio en las calles de Madrid"–. Escuchar esta canción supone trasladarse a un Madrid que ya no existe, pero hoy, como en su estreno, sigue estremeciendo al oyente del mismo modo. Loquillo canta con fiereza, como en todo el disco, buscando, en plena formación, su propia manera de expresarse, atrás está quedando la inseguridad e impericia iniciales. En alguna ocasión, el del Clot ha comentado que aquí halló su tono, que se sorprendió cuando se escuchó en el disco ya acabado. Esta es la voz que él, en aquel momento, quería tener.

Por lo demás, otros dos cortes destacan claramente, la climática "Avenida de la Luz" y la reivindicativa del espíritu punk "77" (de Puigdomenech y Loquillo). "La vendedora de patatas fritas" (firmada por los cuatro Trogloditas, sin el Loco) y "Canción de amor" (corte que, más o menos, avanza el contenido de la posterior "La mataré"), son dos ejercicios de rock potente, poco más.

Mientras tanto, Tres Cipreses se había fusionado con otras dos independientes, GASA (Grabaciones Accidentales S.A.) y DRO (Discos Radioactivos Organizados), siendo ésta última la que se haría con el control del pequeño conglomerado empresarial independiente, y, justo cuando *¿Dónde estabas tú en el 77?* se pone a la venta, comienzan los problemas entra la discográfica y el grupo: Ésta quiere formalizar la relación con la firma de un contrato mientras que la banda se niega y, además, están francamente descontentos con el prensaje del nuevo vinilo. En paralelo, Loquillo y Pito Cubillas –manager de la formación– habían comenzado a negociar con Hispavox, veterana discográfica española que, sin ser una multinacional, sí representaba lo establecido, la comercialidad y, de cara al exterior, era como que le restaba autenticidad al grupo. Y en aquellos tiempos ser auténtico –a la par que moderno– resultaba crucial. Pese a ello, la banda cambió de discográfica, con el consiguiente revuelo en la escena musical, pues fueron los primeros en hacer el viaje que lleva de la independencia a la gran industria del disco.

## En primera división

El primer trabajo para Hispavox se publica en 1985, con producción del británico afincado en Madrid Steve Taylor. Es *La mafia del baile*, álbum que, de nuevo desde la portada –con estupendas fotos de Manel Esclusa, viejo amigo del Loco y fotógrafo de la primera sesión de Los Intocables–, anuncia novedades: Posando en una armería –detalle que no gustó demasiado en la discográfica–, el grupo viste de cuero pero Loquillo aparece ¡enfundado en un traje! Sin corbata y con el cuello abierto, pero con traje. Algo está cambiando de nuevo y será la primera revolución de verdad en el seno del grupo y no sólo estética, también, que es lo que importa, en lo musical. Y es que el inquieto Loquillo, en su permanente búsqueda sonora, cada vez se siente más lejos de sus primeros días como rocker de escuela clásica, sus preferencias musicales siempre han sido muy eclécticas, está al tanto de la últimas novedades internacionales pero también le gusta bucear en el pasado, así comienza a reivindicar a *crooners* como Frank Sinatra y Dean Martin, a músicos de jazz como Chet Baker, los cuales, a la postre, acabarán por ser decisivos en fijar su ideario artístico. Él definiría este disco como el primer punto de inflexión, el primer intento por trazar una nueva dirección.

Por lo demás, Méndez sigue aportando el grueso de las composiciones y, por tanto, es quien define la línea ideológica en lo musical y en lo poético. Pretende que *La mafia del baile* tenga algo de conceptual y sea un doble álbum, pero tanto la discográfica como el propio grupo le quitan la idea. Sorprendentemente, la canción que tira de las ventas del LP y por la que será recordado no es suya, es la que protagoniza el tercer single, "Chanel, cocaína y Dom Perignon", una letra irónica sobre el buen vivir escrita por el Loco y musicada por Ricard Puigdomenech. Loquillo, sin duda, firma su mejor texto hasta el momento, con algunos versos memorables, definiendo el modelo de mujer que él, el chico crecido en el barrio, prefiere: "Me gustan las chicas / que por condición / necesitan tiempo / y dedicación, / elegantes y bonitas, / con ligero de Dior". O lanzando un dardo envenenado a los periodistas musicales: "Una lástima lo del bourbon / a manos de críticos de rock". Incluso parece disparar hacia los temas que escribe su compañero Méndez: "Autopistas, calles y qué sé yo, / no nací en los USA, nací en el Clot". Un texto sin desperdicio, magníficamente puesto en pie con la inspirada música que firma Ricard, un cruce posible entre el country and western y el swing. En origen, Loquillo le pasó la letra a Méndez para que fuera él quien la musicara, sin embargo, éste quiere introducir cambios sustanciales en el texto y modificar su sentido. Loquillo no lo ve así y es entonces cuando se la entrega a Puigdomenech. En ese momento acaba de abrirse una importante vía de agua en la nave Troglodita, pues Méndez no acepta que en el disco entren canciones que no sean de su autoría ya que romperán el sentido que ha ideado. Loquillo no está de acuerdo y cree que cualquier buena canción escrita por los componentes de la banda debe ser grabada. La relación entre ambos comienza a enfriarse.

El álbum, que se abre con los aires de spaghetti western de "Bajo banderas", supone un importante cambio en el sonido de la banda, pues, buscando una mayor contemporaneidad, incluyen sección de vientos y teclados. Sin embargo, la plana producción cae en los habituales tics de los años 80 –sonido hueco y mecánico, mezclas inexplicables– y la fuerza del grupo parece ir diluyéndose tema a tema. En algún momento hasta pareciera que la batería hubiera sido sustituida por una caja de ritmos, como en "El país te necesita", pero Loquillo, veinticuatro años después, comenta que "no, no lo recuerdo bien, pero no creo que Vila hubiera permitido que le sustituyeran por una caja, de ningún modo. Me parece que tiene que ver con el tratamiento que se le dio al disco en la producción, es como si todo se hubiera maquillado; en este caso para que la batería real pareciera programada. Mi voz también está retocada, por momentos irreconocible. Queríamos abrirnos y crecer, pero, es verdad, caímos en lo peor de las producciones de los 80". Se llega al extremo de que los vientos, en algunos pasajes, son tratados como si fueran pistas de sintetizador.

Pese a todo, hay momentos tan destacables como la primera evidente aproximación del grupo al jazz –Chet Baker comienza a dejarse sentir– en "La calle donde ella vive". Y quedan para el recuerdo canciones tan redondas como la mencionada "Chanel, cocaína y Dom Perignon", "Carne para Linda", la descomunal "Rock suave" ("rock suave, elegante y sensual, / rock suave, como un beso en la garganta"; ¡el Sabino Méndez de los grandes himnos!), el sincero homenaje al histórico fotógrafo barcelonés Flowers, pionero de la fotografía musical en nuestro país, en "Leyenda" o la proclama antimilitarista de "El país te necesita".

*La mafia del baile* es un disco lastrado por la propia grabación, aunque alcanza con facilidad, cuando se publica en single "Chanel, cocaína y Dom Perignon", las 40.000 copias vendidas. Lo que provoca el enfado de un Sabino Méndez que defendía su papel como único compositor de la banda, a lo que hay que sumar que si hasta aquel momento Loquillo y Trogloditas había funcionado como una sociedad igualitaria en lo interno, en la que todos cobran lo mismo –excepto Méndez, quien, lógicamente, percibe las cada vez más abultadas regalías que devengan los derechos de autor de sus composiciones–, Loquillo, que es quien asume el papel principal y quien se hace cargo de la promoción y la representación exterior del grupo, exige cobrar algo más que el resto de los integrantes de la banda. No hay duda, y así lo han reconocido en diversas

ocasiones tanto el Loco como Sabino, que en este momento los malos rollos ya están ahí.

Pero hay más: Méndez lleva un tiempo consumiendo heroína y el batería Jordi Vila también toma el mismo rumbo... No sin humor negro, la banda contrata un espacio publicitario en una revista musical en la que sus componentes se retratan alrededor de una mesa con diversas sustancias estupefacientes repartidas por ella y la leyenda "No te drogues o acabarás así", en clara respuesta a las campañas antidroga institucionales. Todo esto sucede cuando el grupo está despegando de manera imparable a nivel popular: Se amplía el público, suenan con insistencia en la radio y en la televisión y las actuaciones se suceden mientras que el caché crece progresivamente. Afortunadamente, el sonido del disco no se traslada a los directos, donde Loquillo y Trogloditas continúan sonando matadores, como así lo demuestra *Diario Pop*, el programa de Jesús Ordovás en Radio 3, reconociéndolos como el grupo con el mejor directo del año.

También en 1985, DRO recurre a uno de clásicos del negocio del disco cuando un grupo abandona una discográfica para fichar por otra, publicar un volumen recopilatorio con el que tratar de beneficiarse del impulso que se dará a la banda con el nuevo lanzamiento en estudio. Aunque en este caso, el LP sí tiene interés para los nuevos seguidores de la formación, pues *Los singles* recopila, precisamente, los temas que fueron editados por Tres Cipreses/DRO a 45 revoluciones por minuto, destacando lógicamente los dos primeros, previos a *El ritmo del garage*, material ya de coleccionista que en su momento sólo llegó a los seguidores de primera hora. Sin embargo, como para no herir susceptibilidades comerciales, "No bailes r'n'n en El Corte Inglés" se queda fuera de la selección.

Si Loquillo lleva un tiempo acariciando la idea de adoptar un nuevo personaje, pues entiende lo musical, siguiendo la tradición de *chansonniers* como Jacques Brel o Yves Montand, los *crooners* del Rat Pack o el irreverente Serge Gainsbourg, como una representación prácticamente actuarial, como bien refleja con entrega en escena, el momento de que este nuevo Loquillo tome cuerpo llega en 1987, con el que será un disco definitivo y esencial, *Mis problemas con las mujeres*.

En esta ocasión Loquillo posa para la portada del álbum, directamente, con un traje de corte clásico, camisa blanca y corbata. Hasta los Trogloditas le acompañan en este viraje estético retratándose en la contraportada enfundados también en sus correspondientes ternos. Incluso el diseño, tremendamente sencillo y efectivo, marcado sólo por la foto del líder de la banda y la representación tipográfica, recuerda los de las portadas clásicas del jazz de los años 50 y 60. Pero, lo que son las cosas, el diseñador no aparece acreditado por ningún sitio, sin embargo, el grupo no olvida indicar el nombre de su *dealer* personal; en lenguaje coloquial, y para entendernos, el "camello". Sin embargo, veintidós años después, Loquillo revela qué sucedió con el diseñador: "El diseño fue de Peret [no confundir con el rey de la rumba, se trata del diseñador barcelonés Pere Torrent] y María Espeus. Les expliqué lo que quería, un diseño como el de las portadas de jazz, pero Peret no lo veía, él quería hacer algo más postmoderno y en su onda. Yo me negué y él aceptó realizar el diseño que yo proponía pero decidió que no lo firmaba". Misterio resuelto.

Más allá de lo puramente visual, *Mis problemas con las mujeres* presenta como más destacada novedad la incorporación a los Trogloditas de un quinto miembro, el excelente pianista Sergio Fecé, entre cuyos méritos figura haber tocado en la banda de ese genio maravilloso, reinventor de la rumba que fue el inconmensurable Gato Pérez. Pero aunque Fecé –de pianista excepcional lo define Loquillo en la actualidad– le da un nuevo vuelo y matices al sonido de la banda, no lo busquen en la foto grupal de la contraportada, su imagen sólo aparece en el collage interior de la carpeta doble. Quizá en el seno de los Trogloditas se había aprendido a defender el espacio propio con uñas y dientes.

*Mis problemas con las mujeres* se vuelve a grabar, como el álbum anterior, en Madrid, en los estudios del sello Hispavox, de nuevo con Steve Taylor en la producción pero, aquí va otra novedad decisiva, con la ayuda de Tony Luz, histórico guitarrista y productor madrileño, vinculado al nacimiento del rock español desde su incorporación en 1960 a Los Pekenikes, pionero en 1976 de la recuperación del rock and roll clásico con el grupo Zapatón y alma de Bulldog, en su currículum personal también figura el haber estado casado con Karina, para la que escribió algunos de sus más llamativos hits. Artista talentoso y multidisciplinar, en paralelo se ha dedicado con ahínco al diseño gráfico de portadas de disco. Loquillo recuerda que Tony Luz resultó esencial en el resultado final: "Steve Taylor era un tipo estupendo, una gran persona, muy amable, pero él sabía grabar –y lo hacía muy bien– pero no sabía de producciones. Y la de *Mis problemas con las mujeres* la marcó Tony Luz, un hombre con larga experiencia y amplia cultura musical que entendió perfectamente lo que buscábamos". Con él en los controles, esta vez la producción no falla y Loquillo y Trogloditas firman su mejor obra hasta la fecha. De sonido limpio y claro, los instrumentos suenan reales y la banda se adapta a los diferentes géneros: Swing ("Mis problemas con las mujeres"), rock rumbero ("La mataré"), troglodismo rural ("Cançó de pages"), baladas ("Algún día moriremos", "Los mejores años de nuestra vida")...

Otro detalle llamativo es que se rompe la baraja compositiva y de los trece cortes incluidos, sólo siete llevan la firma de Sabino Méndez. Y es que algunos componentes del grupo habían comenzado a apreciar semejanzas entre algunos riffs y líneas melódicas de sus canciones con otras ajenas. Algo que un grupo ya completamente profesional –sí, atrás han quedado los tiempos de diversión en los que el futuro no existía. El futuro ya está aquí y esto es un negocio, tremendamente agradable, pero un negocio– y en imparable ascenso hacia la cresta de la ola no se podía permitir. Así que Ricard Puigdomenech se pone manos a la obra y aporta cuatro temas (uno de ellos con letra de Jordi Vila y Josep Simón), mientras que Loquillo y Fecé entregan otros dos.

Para el álbum, Loquillo diseña un concepto en el que cada cara esté perfectamente delimitada: La primera estará dedicada a "ellas", las mujeres, mientras que la segunda será la de "nosotros", los hombres. Lo que llevó a repartir, siguiendo ambas temáticas, los temas que tenían sobre la mesa para cada lado del álbum. Y funciona, tiene sentido. Más tarde, en tiempos de CD, sin los dos lados habituales de los plásticos negros, estas cosas serían mucho más difíciles de llevar a cabo.

Para abrir la primera cara, la de "ellas", se elige "Mis problemas con las mujeres", tema en clave jazzística de mucho nivel firmado por Sergio Fecé y con una grandiosa letra del Loco, chulesca, masculina, toda una declaración de intenciones ("Mis amigos se casan, son cosas de la edad. / Siempre que los veo se excusan con suavidad. / Los papeles el viento se los puede llevar. / El amor no es valor que se pueda comprar") con momentos realmente magníficos: "Hay cosas que un hombre nunca llega a saber / Los deseos ocultos de una mujer / Quien tenga el secreto, la clave en su poder, / obtendrá la llave del placer". Sublime. La música se desliza con mucho swing, apoyada en algunos momentos por la sección de vientos.

La cara B, por su parte, se abre con "Siempre libre", otra proclama, esta en clave de rock potente con el personal sello de Sabino Méndez: "Cogí la guitarra como quien podía haber / cogido el revólver de tener más valor / o, simplemente, menos sentido del humor". Méndez también deja en este trabajo momentos memorables en la cadenciosa balada "El fantasma de Elvis", el rock and roll de "El Molino" –otro de sus textos sobre marginalidad y nocturnidad–, el salvajismo rockero de "Ya no puedo bailar", con la guitarra-guillotina de Ricard en primer plano mientras que Fecé, desde atrás y con su piano, marca el ritmo como poseído por el alma corrupta de Jerry Lee Lewis. Sí, así es el rock and roll. Pero, atención, que a este tema y sin mediar silencio alguno, le sigue el trallazo más descomunal del disco (pongámonos de pie, que se lo merece, ¡y a ver quién aguanta semejante ritmo sentado!): "La mataré", con Ricard

convertido en un asesino de riffs y el Loco completamente envalentonado mientras la sección rítmica se propulsa cuesta abajo cual caballo desbocado. Con esta canción la España profunda se cuele como un vendaval entre los surcos de este vinilo de elegantes formas –y premiemos al Loco por haber ideado tales contradicciones estéticas que, inexplicablemente, funcionan a la perfección– trayendo, de manera inicialmente sarcástica, el espíritu de esas rumbas mesetarias de camisas desabotonadas hasta mitad de pecho y cabezas en permanente estado de confusión sentimental que les son propias a Los Chunguitos y a Los Chichos; esas de pasiones extremas en las que se mata por amor con más facilidad de la que se bebe vino del porrón. Una de las primeras muestras, sino la primera, de rumba-rock que dejan los años 80, antes de que otros grupos cosecharan éxitos con este género.

Lo irónico de verdad, es que el público, y desde el primer momento, se tomó la canción en serio, la hizo himno y la elevó al altar de los clásicos. Aunque también hay que decir que a algunos colectivos de mujeres, directamente, se les atragantó. Posteriormente, y durante años, Loquillo decidió, dada su temática, no volver a cantarla en directo, hasta que la recuperó en 2008 y daba gozo ver al público más veterano –femenino y masculino– recibirla con alborozo y corearla con ganas. Porque, a fin de cuentas, por mucho que llueva –y llueve con excesiva y enfermiza frecuencia sobre las mujeres maltratadas o asesinadas a manos de sus parejas–, las canciones sólo son eso, canciones, no encíclicas que deban marcar el camino de la feligresía. Quizá no sea una canción muy políticamente correcta, pero nadie dijo que el rock tuviera que serlo.

Pero si Méndez se descuelga con sus mejores armas, Ricard Puigdomenech no se queda rezagado y se muestra de lo más certero con la afrancesada, delicada y hermosa "Brisa de abril". En "Coleccionistas" firma un buen tema sobre fantasías masculinas, en el que hay que destacar el detalle del acordeón y remata cerrando el álbum con la reflexiva "Algún día moriremos", tratada con sumo cuidado.

En comandita y desde Vic, los Trogloditas aportan "Cançó de pagés", una gran broma cantada en catalán, con un texto pícaro y subido de tono. De aires country, el histórico componente de la nova cançó Francesc Pi de la Serra, brillante guitarrista aficionado a los géneros de raíz norteamericana, aporta sus seis cuerdas en calidad de invitado especial.

No hay ninguna duda: Loquillo y Trogloditas se han superado, este es su mejor disco, el más redondo, en el que nada sobra, en el que todo está en su sitio y en su justa medida y en el que logran hacer gala de sus amplios registros siguiendo a un José María Sanz que está remodelando a Loquillo, su propio personaje. "Sí, es el mejor disco –rememora Loquillo–, un trabajo positivo, no como el anterior, que era más oscuro y cerraba la etapa madrileña. Sólo sobra una canción, 'Las mil y una noches' [con letra suya y música de Ricard], que es un tema demasiado del momento, de cuando los 'sociatas' llegan al poder. Define una época pero no queda para la historia, si pudiera remasterizar el disco de nuevo, dejaría esa canción fuera". Ciertamente, si *Mis problemas con las mujeres* fuera remasterizado, sería dinamita envuelta de regalo para los fans.

Comercialmente, no pudo funcionar mejor: Nada más ponerse a la venta fue disco de oro, con 50.000 copias vendidas de golpe. Lo que condujo al grupo hacia la primera división de la música popular española. Sonando en la radio y en la televisión y tocando en directo sin descanso, son una de las piezas más codiciadas por los ayuntamientos, principales organizadores de grandes espectáculos en aquellos tiempos en los que el rock español ha salido definitivamente del reducto de los iniciados. Loquillo, como cabeza visible, se convierte en un fenómeno de masas.

Ese mismo 1987, para aprovechar el tirón comercial de Loquillo, DRO, su anterior discográfica, publica –esta vez con el beneplácito de los protagonistas– una suerte de recopilatorio acreditado

a Loquillo & Sabino y titulado *1981-1984*. En el que se recogen cortes de los singles posteriores a *Los tiempos están cambiando* junto a temas contenidos en *¿Dónde estabas tú en el 77?*, con un texto de presentación en la contraportada escrito por Jesús Ordovás y especial interés en las tres composiciones iniciales, las que formaron parte del último single para Cúspide: "Autopista", "Rocker" y "Oh, qué casualidad", totalmente inencontrables. Esta será la primera y última vez que un disco se rotule en portada con el nombre de los dos principales directores del proyecto Troglodita: Loquillo y Sabino.

La continuación de *Mis problemas con las mujeres* no se hace esperar, y en 1988 Loquillo y Trogloditas tienen nuevo disco en la calle, *Morir en primavera*, algo así como el hermano rockero del anterior. Sí, porque aquí producción –de Steve Taylor ayudado por Iñaki Altolaquirre, el técnico de directo del grupo que ya produjera *¿Dónde estabas tú en el 77?*– y sonido siguen las coordenadas del álbum anterior, pero las muestras de jazz quedan relegadas a un sólo tema, el elegante, atractivo y muy afrancesado "En Dino's a las 10". En el resto, el grupo apunta esencialmente al rock en un cancionero obra, principalmente, de un Sabino Méndez que no atraviesa su mejor momento de salud, pues el consumo de heroína ha comenzado a hacer mella en él, y tira mano de temas desechados en discos anteriores. Temas con los que Loquillo reconocerá que no se siente muy identificado, pero que funcionan perfectamente y conforman un álbum sólido como una roca en un momento en el que la maquinaria Troglodita no puede parar a reflexionar demasiado pues la mayor parte del tiempo lo pasan en la carretera, cumpliendo con una apretadísima agenda de actuaciones.

La grabación tiene lugar en los estudios Mediterráneo de Ibiza en nueve días de febrero, en lo que hoy Loquillo define como una grabación *killer*: "Nos reímos mucho, hicimos muchas barbaridades, nos acostábamos al amanecer. Recuerdo a un ejecutivo de Hispavox, una noche, buscando a cuatro patas una papela de coca en el suelo de un discoteca. Es uno de los discos que más me gustan, fue el último gran momento de Sabino".

En el estudio casi no hay colaboraciones ajenas (banjo, saxo...), con el quinteto al pleno –Sergio Fecé con sus teclados sigue ahí, aunque en la foto se le reserva espacio sólo en el encarte interior– y Sabino dejando, en la que será su última obra junto a los Trogloditas, perlas de su cosecha como "Todo el mundo ama a Isabel" –en la que cuenta la historia de una prostituta y donde Ricard, una vez más, hace gala de su poderío con las seis cuerdas–, "Besos robados" –de la que se incluyen dos versiones, rock y reprise–, la balada retro "Magnolia", la rockera "Morir en primavera" y, sobre todo, la formidable "El rompeolas" –primer single extraído de este álbum–, con una letra llena de tópicos que resultan creíbles merced a esa estupenda melodía, por momentos próxima al country rock, y en la interpretación del Loco, quien en esta obra muestra cómo su voz ha madurado –el directo, es de suponer, le ha ayudado a ello– y la puede dirigir hacia registros cada vez más graves y profundos, aunque también puede emplearla con delicadeza y tacto. También destacan los teclados que adquieren nuevo protagonismo, como en "Domingo en mi ciudad".

No hay que omitir, repasando lo mejor de *Morir en primavera*, "La Guerra Civil", con una letra de Loquillo en la que rinde homenaje a los vencidos de la contienda española, como su propio padre, y en la que suena, ¡en un disco de los Trogloditas!, una guitarra flamenca. Del mismo modo, tampoco hay que pasar por alto la hermosa "Dioses", la única composición que Ricard entrega para este álbum. Como ya se ha comentado, también brilla con luz propia la imprescindible "En Dino's a las diez". Para la posteridad queda un bombón envenenado, la espectacular versión de "La mala reputación", el tema de Georges Brassens que Paco Ibáñez –a quien se cita en los agradecimientos– popularizó en castellano. En manos de Loquillo y los suyos, "La mala reputación" se carga de electricidad, arrogancia y rabia. Tan potente es esta versión, que fue lanzada como single.

En esta entrega, Loquillo y su compañera sentimental, Susana Koska, idean una portada que

remite al modernismo barcelonés de comienzos de siglo, con una foto sensacional en blanco y negro de Loquillo y el grupo en un café en la que el primero parece un caballero de época mientras que la banda recuerda a un grupo de existencialistas. La foto del encarte interior era una idea que obsesionaba a Loquillo: retratarse junto al grupo en las Ramblas, con la luz de primera hora de la mañana y en medio de los quioscos de flores. Una foto que también serviría para ilustrar el lanzamiento en single de "Besos robados". Lo que son las cosas, el grafista encargado de rematar el diseño del LP es Tony Luz. Sí, el responsable de la producción de *Mis problemas con las mujeres*.

*Morir en primavera*, con sus 75.000 copias vendidas, constata el buen momento que atraviesa un grupo que vive sus grandes días en la carretera y festejándolos arriba del escenario. Cada día suenan mejor y se convierten en una perfecta y contundente máquina de despachar rock and roll en un momento en el que a nivel mundial la gran banda de rock por excelencia es la E Street de Bruce Springsteen. Loquillo, que se ha forjado como cantante noche a noche en escena, ahora domina las tablas y hace que cada velada sea algo especial para el público, entregándose a fondo, combinando exuberancia teatral y fortaleza pugilística. Es un mitómano empedernido y sabe que, en el fondo, está escribiendo su propia leyenda. Quizás no con letras doradas, que esto es España, pero sí con buen pulso y mejor letra.

Sin embargo, en el grupo las cosas no van bien: Ricard Puigdomenech tiene problemas en un oído y debe abandonar temporalmente la banda. En su lugar entra Xavi Tacker, pero Sabino Méndez atraviesa su momento más duro y tras un concierto en el que debe ser hospitalizado, Ricard debe regresar a los directos y Tacker situarse en el puesto de Sabino. Antes, en algunos conciertos, Roberto Grima, *road manager* del grupo y ex componente del grupo mod barcelonés los Negativos, ha tenido que enfundarse la eléctrica y subir a escena para cubrir el puesto de Sabino.

Conscientes de la necesidad de lanzar un nuevo disco y a la vez de que Sabino está francamente mal, sin nuevos temas, alejado de los directos y, claramente, de Loquillo, se decide ganar tiempo, tomar aire grabando un álbum en vivo que haga el papel del clásico grandes éxitos pero capturando la fuerza del directo. Así se gesta el doble *¡A por ellos...! Que son pocos y cobardes*, registrado en la sala Zeleste de Barcelona los días 15 y 16 de diciembre de 1988 y puesto en circulación en 1989.

Viendo la portada, lo primero que llama la atención es la ausencia de Sabino Méndez en la foto que la ilustra. En su lugar, Loquillo, de esmoquin, abraza, como queriendo subrayar su presencia y, a la vez, protegerlos, a Sergio Fecé –¡por fin aparece en la carátula de un álbum de Trogloditas!– y a Xavi Tacker. Y es que el 24 de enero, un mes después de registrarse los conciertos de los que se extraería el audio, Sabino Méndez se había despedido de Loquillo y Trogloditas, abandonando definitivamente un barco en el que no se sentía a gusto. Años más tarde aseguraría que en aquel momento había dejado la heroína pero que todavía estaba muy reciente. De este modo, *¡A por ellos...! Que son pocos y cobardes* es como la despedida a toda la primera época del grupo, ocho años definidos, en gran medida, por sus canciones. Aunque Sabino estuvo presente con su guitarra en la grabación del disco, en los créditos no figura como componente de los Trogloditas sino como invitado.

Siguiendo el modelo habitual de los conciertos de Loquillo, la primera parte del doble disco en directo se nutre de temas recientes, mientras que la segunda –el segundo LP o CD– se recrea principalmente en canciones más lejanas en el tiempo. Todas, en todo caso, tratadas con la debida fiereza de la que hace gala el grupo, reforzado para la ocasión con los saxos de Javier "Liba" Villavecchia y –en contra de la opinión de Loquillo, pero desde la discográfica se insiste en que así la grabación quedará mejor– los coros de Carmen Canela –en la actualidad vocalista de jazz– y Gema Recoder.

Pese a que en estos momentos Trogloditas es una agrupación perfectamente engrasada, ruda al tiempo que brillante y capaz de resolver los tres temas jazzísticos con los que se abre la segunda cara del primer vinilo –cortes que, fíjense, no son coreados por el público; eran otros tiempos–, resulta llamativo lo horrible que suena el disco, saturado por todas partes y como si las diferentes pistas se hubieran volcado tratando de conseguir un compacto cemento. Desde luego, este es un directo sin maquillar, sin retocar, sin *recordings*, lo que se oye es lo que se interpretó, ¡probablemente con peor sonido que el que se escuchó en la propia sala! Hay que destacar que, en 2005, Jaime Stinus y Natxo Noguerras remasterizaron desde las cintas originales toda la grabación, y aquello ganó en profundidad, pero, parece, la grabación original no era precisamente muy buena. En todo caso, estas tomas de directo reflejan la pulsión real del grupo, esa tan enérgica que, en algunos casos, ha sido demasiado manipulada en las producciones de estudio. Con un Loquillo de 28 años con personalidad propia, capaz de cantarse una versión de "Rock and roll star" en la que pareciera haber encontrado el secreto que alumbraba la garganta de Toño Martín, el primer y glorioso cantante de Burning y una de sus referencias ineludibles cuando se habla de rock cantado en castellano (si quieren descubrirlo, remítanse a los cuatro primeros LPs del grupo madrileño).

*¡A por ellos...! Que son pocos y cobardes* fue recibido con verdadero frenesí por los seguidores de la banda y, lo más importante, suma nuevos adeptos para la causa, y en masa. Las trescientas mil copias vendidas en las primeras semanas de ponerse a la venta así lo confirman. Además, provoca un efecto dominó que lleva a los nuevos seguidores a adquirir los discos anteriores, y es que hubo tiempos en los que la gente compraba discos...

## Nueva época

Ahora ya no es que Loquillo esté en la primera división, es que ha ganado la liga. Los conciertos de este periodo son, directamente, masivos, el Loco vive en su propia nube, pero debe bajar a la realidad cuando algunas señales le indican que algo está pasando: El grupo mueve mucho dinero pero no parece ganar todo el que debiera. La aparición del promotor y pionero de conciertos internacionales Gay Mercader, viejo amigo de Loquillo, es fundamental para abrirle los ojos. Loco, no lo duda, alguien está metiendo mano a la caja y a ellos sólo les llega una pequeña parte de lo recaudado. Decide abandonar al mánager de los últimos años y confiar plenamente en Mercader. Además, Xavi Tacker también tiene serios problemas con sus adicciones. No queda mucho más, en vista de que todo son problemas, que parar, pedirle a Xavi que ingrese en un centro de rehabilitación y tratar de reorganizarse.

En paralelo, la "leyenda negra" ha echado a andar, poco importa que el grupo esté en su mejor momento comercial, se ha ido el compositor principal y eso provoca que parte de la crítica musical comience a mirar con suspicacia a Loquillo; la otra parte, sin dilación, se posiciona del lado de Méndez, al que ve como el ángel caído y abandonado por su protector. Algunos se frotan las manos esperando que Loquillo se caiga al dar el próximo paso, en el que no contará con las muletas que le proporcionan los temas de Sabino. A esta situación hay que sumar la imposibilidad de parar ya que la maltrecha situación económica no lo permite. Lo cual tiene algo de irónico, pues están en lo más alto pero han sido engañados como principiantes y ellos han estado gastando sin pensar demasiado en que el futuro inmediato podía verse en un aprieto.

Tras dos temporadas pasadas en la carretera en un torbellino de conciertos, Loquillo, que se ha aficionado con profesionalidad al Jack Daniels y a la cocaína, comienza a planear la grabación del siguiente disco, el que debe alejar de la banda el fantasma que la sobrevuela, el de la ausencia de Sabino Méndez y sus canciones. Tiene que demostrar que tanto él como los suyos están vivos y que pueden tirar adelante por ellos mismos, ahora él ha de manejar con mano firme las riendas del proyecto, sabe que esta es la refundación del proyecto Troglodita. Un momento crucial. A cara o cruz.

En este abrir los ojos a la realidad, Loquillo descubre que tiene firmado un contrato con la editorial de su discográfica según el cual los temas pueden ser cedidos y negociados a conveniencia por ésta. De hecho, hay firmados disparatados e indecentes pactos con emisoras de radio en los que se han ofrecido porcentajes sobre los derechos que devengan las canciones. Una situación que provoca que el Loco se suba por las paredes, pero Gay Mercader halla la solución: que las canciones del próximo disco las firme su padre, de ese modo los derechos quedan en casa y se libra de esas contraprestaciones pues, legalmente, los temas no son suyos. Dicho y hecho. De este modo, en el siguiente disco, *Hombres*, Santiago Sanz, progenitor de José María Sanz pasa a figurar como letrista de Loquillo y Trogloditas.

Para preparar el repertorio de *Hombres*, Loquillo confía en Sergio Fecé el grueso de sus letras, que es como decir el noventa por ciento del álbum, para que el pianista las musicque. Carlos Segarra, por aquellos tiempos triunfando con sus Rebeldes, pone melodía a otra letra del Loco ("Un hombre puede llorar"), Josep Simón se estrena como compositor con dos temas ("Chicas" y "Amigo") y, novedad importante y esencial en el futuro, el músico y poeta zaragozano, por entonces en el grupo El Frente, Gabriel Sopena se incorpora al núcleo de compositores, aunque sólo sea, por ahora, con una canción, "Brillar y brillar". En esta ocasión, Ricard Puigdomenech, fértil en pasadas obras, no entrega ninguna nueva composición.

El grupo, ampliado a septeto con las incorporaciones definitivas del guitarrista Xavi Tacker y el saxofonista Javier "Liba" Villavecchia, se encierra en 1991 en los estudios Sonoland y confía la producción en Iñaki Altolaguirre y Carlos Martos. De esas sesiones sale un disco con el que parece que Loquillo y Trogloditas quieren conjurar la ausencia de Sabino Méndez reafirmando –en respuesta a quienes aseguran que ahora se van a reblandecer– su lado más rockero y brutal. Y es que, por momentos, este álbum roza sin complejos el rock duro. Pero, dieciocho años después, suena arrebatador, con las guitarras que aporta Tacker, que es quien se encarga de la mayor parte de los solos, con el trabajo de los teclados de Fecé, con la habitual contundencia de la sección rítmica que forman Vila y Simón, con los nuevos bríos que aportan los saxos de Liba y con la voz de Loquillo, cada día más en su punto, más áspera, firmando, además, textos más adultos y dramáticos ya superada la barrera de la treintena vital.

*Hombres*, o "el disco rojo", más allá de la explosión decibélica, deja una cosecha de canciones imbatible: "Hombres" (que cumple la doble función de servir como declaración de intenciones y de balance de situación: "Somos duros de pelar / defendemos nuestra integridad / podríamos convertir tus sueños en realidad / Nos critican por delante / nos subastan por detrás / es la envidia de este mundo / que nos quiere aniquilar. / Unos vinieron muy pronto / otros llegaron muy tarde / sólo nosotros llegamos / justo en el momento en que no había nadie [...] Yo te digo lo que pienso / yo te miro frente a frente / yo te hablo cara a cara / es lo único que tengo y no me pidas nada"), "Simpatía por los Stones" (homenaje vacilón a los Rolling Stones, incluso en lo musical, con un gran trabajo de las teclas), "Blanco y negro" (aquí, en pleno desarrollo de la teoría del bueno/malo, se cruza la frontera del rock duro), "Brillar y brillar" (la genial aportación country de Sopena, que parece escrita pensando en que Loquillo va a ponerle voz: "Me han matado tantas veces / que aprendí a resucitar / les gustaría / que fuese fácil de domesticar. / Pero un corazón salvaje / no se rinde jamás / mira al cielo / verás mi estrella / brillar y brillar. / He peleado tan duro / que no me importa sangrar / sé que mi personaje / es el precio que debo pagar"), "Pistas de choque" (o la adolescencia de Loquillo en el barrio, en aquellos setenta en los que la banda sonora la ponía el glam de Sweet o Suzy Quatro: "Tardes de domingo / fui aprendiz de matón / una de fútbolín, dos y tres de balón. [...] Ya no se reúnen las bandas / en las pistas de choque / mi barrio ha cambiado / como del día a la noche"), "Un hombre puede llorar" (de lo más sentimental del disco, con la típica firma musical de Carlos Segarra y una letra de esas en las que Loquillo juega el papel de duro/tierno: "Sé que no podrás olvidar su mirada / lo sé por tu voz, seca y entrecortada / no pierdas más el tiempo recordándola / por amor a una mujer, se pierde el alma. [...] Un hombre puede llorar / las lágrimas no hacen mal / un hombre

puede llorar / si una lágrima el fuego puede apagar. [...] le dijeron que 'un hombre manda en su casa' / sabe que una mujer decide en su cama."), "Diez años atrás" (el cierre del vinilo, con el saxo llevando el peso y arrastrando tras él a la banda, mientras el Loco juega uno de sus papeles más actorales).

*Hombres* habría resultado perfecto si la versión que hoy manejamos, la del CD, no fuera tan larga, y es que de los trece temas que acoge alguno de ellos se antoja un tanto accesorio. En cualquier caso, demuestra que Loquillo y Trogloditas no necesitan a Sabino Méndez, que pueden tirar adelante por ellos mismos, despachando grandes canciones y que pensar que este grupo pivotaba exclusivamente a su alrededor es un enorme error de apreciación. Con un sonido definido y aplicándose en el trabajo de escribir canciones, el grupo renace tras una etapa que para muchos fue mítica, el sueño dorado de tener un gran grupo de rock español que invita a la leyenda. Pero el grupo sigue vivo y en plena forma, reinventándose. La leyenda continua.

Más de cien mil copias vendidas, la cifra más alta hasta el momento para un disco de estudio de Loquillo, demuestra que el grueso del público está de su parte, quizás un sector de la crítica y de la afición les haya dado la espalda, pero la realidad incuestionable es que la calidad no ha abandonado a Loquillo y sus Trogloditas, bien al contrario, sigue incólume.

El olímpico 1992 es un año esencial en la vida personal de José María Sanz. Algo en su interior se ha roto –tal vez la muerte de su padre ha tenido algo que ver– y ha dicho basta. Está cansado de la rueda disco-gira-disco en la que anda metido desde hace años. Necesita parar, echar el freno, tomar aire y salir de la vida en la que está atrapado. Para ello toma una decisión clave, abandona Barcelona y se traslada junto a su compañera a Lasarte. Allí, en compañía de familiares y amigos de Susana Koska, comienza un periodo de tranquilidad en el que, de algún modo, intenta huir del personaje que él mismo ha creado –el monstruo le ha estado devorando–, ese que se sube al escenario, entabla feroces diálogos con los medios, está en el punto álgido de su popularidad y que, para colmo, mide casi dos metros, se viste como un pincel y no pasa desapercibido en casi ningún sitio.

En Lasarte recupera la vida de barrio. Comienza a comer bien, a recuperar forma física tras el duro castigo de los últimos tiempos. Con el verde y negro País Vasco como escenario, el Loco planea un disco distinto al anterior, sin esa descomunal dureza que ha definido a *Hombres*, será el más abiertamente country. Para ello cuenta con un aliado fundamental, Gabriel Sopeña, quien como él admira sin reservas a Waylon Jennings, a Kris Kristofferson... La de Loquillo es una búsqueda permanente de sonidos que le conmuevan, y toda aquella influencia que le atrapa quiere hacerla suya, llevarla a su terreno, sumarla a su manera de entender el rock. Sabe que pertenece a una tradición, la del rock español –siempre ha definido así su música–, como sabe que éste ha llegado a la edad adulta en nuestro idioma, contando historias de casa, pero asumiendo y trayendo ritmos y estéticas que puedan aportar nuevos colores con los que ampliar la paleta. Aunque a él no le guste tal definición, el rock español es mestizo por obligación. Y Loquillo, con su natural curiosidad musical, contribuye decisivamente a enriquecerlo.

Las grabaciones de *Mientras respiremos* –título nada casual, los del Loco nunca lo son– tienen lugar durante el verano y el otoño de 1992, aunque no se mezcla hasta febrero de 1993, con la misma alineación de los Trogloditas que dio forma a *Hombres* y con Sergio Fecé y Ricard Puigdomenech en la producción. Una decisión ésta última de la que Loquillo se arrepiente durante el mismo proceso de grabación ya que ambos, Fecé y Puigdomenech, son caracteres personal y artísticamente incompatibles e inmediatamente comienzan las fricciones por casi todo. Cada uno ve las cosas de una manera y no parecen demasiado dispuestos a ceder. La tensión es constante. Sin embargo, de esa extraña conjunción, de ese tensar la cuerda, sale un disco con nervio, con chispa, perfectamente nivelado tanto por el lado más rockero como por el más *slow*. Una obra, por otro lado, capital pues viene a ser como la reválida tras *Hombres*, el álbum con el que Loquillo y su banda debe confirmar de una vez por todas que el pasado queda

atrás, que pueden seguir adelante sin las canciones de Sabino Méndez.

Las letras de *Mientras respiremos* son cosa de un Loquillo –tras la muerte de su padre, vuelve a firmar como José María Sanz– que continúa perfilando su nueva identidad adulta, trazando con pulso firme un itinerario literario que lo aleja para siempre de los pasajes más juveniles de la primera parte de su discografía. Además, incorpora cuatro composiciones ajenas al núcleo principal de la banda: La descomunal "Balada para un viejo sombrero" del ex Rebeldes Aurelio Morata, la golosa "Dime, ¿por qué?" del mod y ex Scooters Javier Sun y, también, dos versiones, a cual más significativa y con las que Loquillo muestra su instinto natural más vampírico, ese que le permite elegir temas que le caen como un guante y que se lleva a casa con completa tranquilidad: "Maldigo mi destino" de Los Sírex, el gran grupo barcelonés de los 60 (aunque esta canción, de Guillermo Holgado, el bajista y principal compositor de la banda, pertenece a un álbum de 1980, ¡y es que Los Sírex siempre han estado vivos!); y "El hombre de negro", espléndida adaptación en castellano del majestuoso "The man in black" de Johnny Cash. Ambas versiones devendrán en clásicos del repertorio de los Trogloditas, prácticamente dos himnos que banda y público asumen como propios.

De musicar los textos de Loquillo se encargan, cada cual por su lado, Sergio Fecé, Ricard Puigdomenech y Gabriel Sopena. Junto a Fecé, el Loco entrega tres piezas, "Los olvidados" (tema climático, con detalles de violonchelo y un texto sobre los perdedores de la Guerra Civil, incluyendo algún disparo hacia la generación de los cantautores protesta), la densa "Los ojos vendados" (una historia real sobre las torturas a las que fue sometido por la policía un amigo del Loco) y la pop "Días mejores" (una canción positiva, tanto en lo musical como en lo poético: "Los días más negros / suelen clarear / y hasta el hombre más solo / puede asegurar / que los días malos / tienden a mejorar").

Con Ricard Puigdomenech, Loquillo firma otros cuatro temas: el más oscuro de toda la colección, "Hoy he vuelto a beber" (demasiado forzado en la interpretación, brutal en exceso), la invencible y muy positiva "Mientras respiremos" ("siempre que pensemos y busquemos, / podremos hablar / la palabra es nuestra, / la calle es su hogar"), la preciosa "Cuentas pendientes" y la hermosísima y estremecedora "La cofradía", un tema de puro cantautor contemporáneo, con la voz del Loco apoyada por la guitarra española de Quico Pi de la Serra, violonchelo, violín y acordeón; nada más, no hace falta más para enhebrar este tema, colofón magistral del LP.

Loquillo tiene claro el talento de Gabriel Sopena y quiere contar con él de manera frecuente, pero no lo tendrá fácil, pues los Trogloditas más veteranos –el trío de Vic– no ven con buenos ojos a ese intruso ilustrado, catedrático de Historia Antigua, que se ha colado por la puerta de atrás y que, enarbolando su talento natural, se ha situado al lado del jefe. Dos canciones entrega Sopena para el disco, ambas con letras de Loquillo, la rockera de ascendencia sureña "El renegado" y la memorable "John Milner", una balada de esas en la que letra y música se encuentran en plena armonía, en este caso para mirar al pasado y narrar la historia de los días juveniles en los años 70, echando mano de los recuerdos de uno de sus mejores amigos. Otro tema que, lanzado en single, fue todo un éxito y una canción-himno que devino mítica.

El propio Sopena se encarga de adaptar al castellano "The man in black", tema en el que se deja escuchar la Telecaster de un viejo amigo, Carlos Segarra. Gabriel Sopena aporta una mirada musical distinta al sonido del grupo, más cantautoril –con la mirada tanto en la tradición europea como en los Estados Unidos– pero que, sorprendentemente, resulta complementaria y logra ampliar horizontes y dotar de más profundidad a la colección de canciones.

Hay que estar atento a los créditos de este disco pues aparece por vez primera en un trabajo del Loco alguien que, años después, será una pieza fundamental en su trayectoria, Jaime Stinus, quien aquí dibuja con su Gretch la melodía de "Dime, ¿por qué?" y desenfunda la Fender Telecaster para puntear en "El renegado". El Loco y él se habían conocido porque, en aquellos

días, Stinus –legendario guitarrista formado a mediados de los 70 en Brakaman, luego guitarrista y coautor en los mejores momentos de la Orquesta Mondragón, y productor todoterreno: De Radio Futura a Los Chunguitos– se había incorporado a Los Rebeldes –en el disco *La rosa y la cruz*, de 1993, en el que Loquillo aporta una letra: "Barcelona Memphis"– y entre ambos empezó a surgir la amistad y, de vez en cuando, quedaban para charlar.

*Mientras respiremos* es un disco sobresaliente, la primera obra maestra de la nueva etapa de Loquillo y Trogloditas, un disco perfecto, plagado de grandes temas que, aunque apuntan en diferentes direcciones, unidos no desafinan y confirman que no todo tiene que ser energía. Con una excelente producción (pese a la diferencias comentadas entre los dos productores) que suena natural –sólo en algunos temas hay un exceso de guitarras como mazazos– y en la que, casi por vez primera, la voz de Loquillo se sitúa donde debe de estar, en primer plano. Voz que, por cierto, disipa las dudas que se pudieran tener sobre las aptitudes vocales del Loco, pues aquí se adapta a los diferentes registros pero siendo él mismo y afirmándose, además, como un sólido letrista que sabe lo que quiere contar y cómo debe contarlo.

La vida comercial de *Mientras respiremos*, con más de cien mil copias vendidas en los primeros meses, se saldó con la edición, en este orden, de los singles "El hombre de negro", "Los ojos vendados", "Mientras respiremos", "John Milner" y "Maldigo mi destino".

También *Mientras respiremos* tuvo su momento polémico con el vídeo de "Los ojos vendados", en el que se ponía en imágenes las torturas hacia un detenido que se narran en la canción y que llevó a que algunos canales televisivos se negaran a emitirlo. En general, esta es una canción que sentó bastante mal en ámbitos del poder, en tiempos en los que todavía gobernaba Felipe González, al que el Loco había apoyado públicamente. Es en esta misma época cuando Hacienda abre una inspección a Loquillo...

### **Solo, pero no tanto**

Un año después, en 1994, Loquillo decide poner en marcha, sin la compañía de los Trogloditas, un proyecto muy especial, su primer disco en solitario desde 1981, cuando salió a la luz con el iniciático *Los tiempos están cambiando*. Se trata, además, de una obra con la que romperá con la imagen rockera que el público tiene de él, trasladando al formato canción poesía pura y dura, siguiendo dos ejemplos que para el Loco –y para tantos otros– son esenciales, los de Paco Ibáñez (cuya obra se nutre exclusivamente de musicar a los poetas) y Joan Manuel Serrat (con, además de canciones sobre poemas musicados dejadas aquí y allá, cuatro discos dedicados a las obras de Machado, Hernández, Salvat-Papasseit y Benedetti). De seleccionar los poemas y ponerles música se encarga Gabriel Sopena, artífice real de este trabajo y cuyo nombre, aunque en pequeño, figura por derecho en la portada de *La vida por delante*, que así se titula este álbum que retrata las inquietudes de José María Sanz a los 33 años.

Para poner en pie *La vida por delante*, Sergio Fece –el más versátil y sensible de los Trogloditas, músico de formación–, se encarga de los arreglos y de la dirección musical, con la colaboración en esta última labor del propio Gabriel Sopena. Ambos, además, comparten la producción de un álbum que tiende a lo justo, que incluye rock –y no nos dejemos engañar por las apariencias, este es un disco de rock– pero que rehúye conscientemente las mayores dosis de fuerza de las que hace gala Loquillo al frente de Trogloditas. Por cierto, que otro Troglodita, Xavier "Liba" Villavecchia echa una mano aportando sus pulmones para tocar el saxo. Es decir, y resulta revelador, Loquillo confía en los últimos componentes que han entrado en la banda, gente musicalmente desprejuiciada y educada en la música popular en su más amplia acepción; del rock al jazz, ellos saben moverse con soltura por los diferentes lenguajes. Además, el compositor al que más de reojo ha mirado el núcleo duro e histórico de la banda, Gabriel Sopena, es el socio musical del Loco en esta aventura. ¿Una provocación o un aviso de los

vientos que soplan alrededor de la cabeza de Sanz en los últimos tiempos? Seguramente ambas cosas; Loquillo ha tratado de despegarse de su imagen más convencional a fuerza de probar diferentes facetas en los propios trabajos junto al grupo, generalmente sin la comprensión de sus compañeros de aventura, más adictos al rock cañero, y no está dispuesto a quedarse quieto, quiere evolucionar, por razones artísticas pero también comerciales, pues es consciente de que aquellos que se quedan ofertando siempre lo mismo, tarde o temprano están condenados a la extinción natural.

Otro nombre que destaca entre los músicos que registran *La vida por delante* es el del guitarrista barcelonés Jordi Pegenaute, músico autodidacta pero con una sólida experiencia tras de sí, formado en el jazz pero con nervio rockero. Un guitarrista que, como se verá más adelante, jugará un papel importante en el futuro.

*La vida por delante* lo integran diez canciones/poemas pertenecientes a poetas de distintas generaciones –aunque todos modernos, o contemporáneos– y latitudes: El mejicano Octavio Paz, el vasco Bernardo Atxaga, el italiano Cesare Pavese, el segoviano aunque barcelonés de adopción Jaime Gil de Biedma, el leonés José Luis Rodríguez García (del que se incluyen dos poemas), el jerezano José Mateos, el ovetense Antonio Gamoneda, el chileno Pablo Neruda y el madrileño Pedro Salinas. Además, se suman dos canciones de la propia obra poética de Gabriel Sopena. Todos son musicados bajo los patrones habituales que éste imprime a sus canciones, a caballo entre la típica canción de autor mediterránea –a la francesa, deberíamos decir– y una suerte de rock suave y cadencioso que remite indefectible hacia el folk-rock californiano, ese que se impregna de sabores country y está bañado por el sol. Pero, en general, y ahí está la mano maestra de Fecé, se tiende a lo íntimo, casi que a lo mínimo, con todo muy en su sitio, muy cuidado: Un acordeón aquí, una trompeta allá –tocada por el genial José Luis Medrano, músico de sesión con un buen gusto que tira de espaldas–, una pandereta y una mandolina más allá...

Loquillo se deja hacer y se entrega con ilusión y buenas maneras en su papel de *chansonnier*. Nunca se le ha escuchado con estos arreglos y, desde luego, jamás se ha mostrado tan desnudo musicalmente como en "No volveré a ser joven", donde únicamente le acompaña la guitarra acústica de Sopena, quien da relieve sólo con unas pinceladas de armónica. Sin duda Loquillo ha decidido apostar por el riesgo y hasta se atreve con dos géneros a los que todavía no se ha aproximado, uno de ellos, el blues (en el tema "Blues del amo"), inexplicablemente, pues en él se hunden las raíces del rock; el otro, el fado (en "Lisboa"), género que, de justicia es reconocerlo, en aquellos días todavía no había comenzado a gozar de la recuperación posterior, cuando Madredeus, Mísia o Dulce Pontes lo sacaron de los garitos de la Alfama y lo exportaron a todo el mundo.

Los grandes momentos de este disco hay que buscarlos en "Central Park" –rock neoyorquino y ¡arreglos de son cubano en una canción del Loco!–, el country de "La vida que yo veo", "Los gatos lo sabrán" –en estos dos temas con el acordeón como protagonista–, en la sobriedad de "No volveré a ser joven" y "Cantores", en el rock fuerte de "Julia Reis", en la vacilona "Niña morena y ágil" y en la bellísima "Lisboa". Además hay, cómo no, pues este disco se presta a ello, swing vocal en "Debes saberlo", "Pregunta más allá" y "Es la noche".

Este fue el último álbum de Loquillo que conoció edición en vinilo, y es que en estos años el CD está terminando definitivamente con el soporte clásico en el que se ha registrado la música desde 1888. De este modo, toda una era llega a su fin y los plásticos negros quedan relegados al mercado del coleccionismo musical, abriéndose un debate que dura hasta la actualidad: ¿Ofrece mejor calidad el vinilo o el CD? Cada cual tiene diferente respuesta para tal cuestión.

Pese a que *La vida por delante* podía parecer una jugada arriesgada que despistara a sus seguidores y fuera recibida con suspicacia por los más críticos, Loquillo venía de sus momento

más altos y se vendieron otras cien mil copias. Y llegaron a extraerse hasta cuatro singles de él –"Lisboa", "La vida que yo veo", "Julia Reis", "Central Park"–, lo que confirmaba dos cosas: que Loquillo tenía una base de fans muy sólida y lo solvente del resultado musical. Se podría extraer una tercera conclusión –parafraseando a una canción de Gabriel Sopena– que la vida es de los que arriesgan, o dicho de otro: Con esfuerzo, trabajo, inquietud y los colaboradores adecuados, merece la pena lanzarse montaña abajo. Y el Loco lo sabe.

Tan contento estaba con su flamante nuevo disco, que durante el siguiente año y medio, con el apoyo de los músicos que lo grabaron, ofreció más de cuarenta conciertos en teatros, escenarios inhabituales para él y con momento inolvidable en el Palau de la Música, en Barcelona, con la sala a rebosar. Loquillo se siente libre y arropado por un grupo formidable que tiende al jazz – de hecho, el repertorio de directo, además de los temas de *La vida por delante*, se nutre de canciones como "Mis problemas con las mujeres" o "La mala reputación", es decir las más jazzísticas o cantautoriles del cancionero junto a Trogloditas– y en escena, por fin, se permite moverse con ese sentido de la sobriedad, de la intensidad interior de la que hacían gala sus admirados Yves Montand y Ovidi Montllor.

Sin embargo, algunos de sus seguidores más ortodoxos, o fundamentalistas, noche tras noche deciden pitarle, gritarle maricón, acordarse de la familia o insultar a Gabriel Sopena, en quien ven al culpable de este *aggiornamento* del Loco: "En esta gira me bajé más veces del escenario a enfrentarme con el público que en todos los años con Trogloditas. Era penoso, y sin embargo estaba dando un gran paso personal y disfrutaba de cada concierto como nunca antes". Mientras, los Trogloditas permanecen de parón obligatorio, sólo puntualmente Loquillo los reúne para algún bolo: "En aquel momento estaba hartado del grupo, me interesaban otras cosas y con ellos veía que era imposible. De hecho, en los primeros conciertos de *La vida por delante* metí a Simón de contrabajista, pero no daba la talla y tuvimos que decirle que no siguiera y llamar a David Mengual. La verdad es que en ese momento quería dar carpetazo y acabar con el grupo. Pero no lo hice". No lo hace, esencialmente, porque siente un extraño vínculo con el grupo y porque continúa confiando en el poder de una banda de rock, como sigue creyendo firmemente que, aunque él lleve las riendas, Loquillo y Trogloditas es un grupo.

## Vuelta al rock

El siguiente disco con los Trogloditas se graba entre enero y febrero de 1996 en Inglaterra y hacia allí, sin Loquillo, se dirige el grupo para preparar las bases. O, más bien, lo que queda de la banda más un par de apoyos: Jordi Vila está de baja forzosa debido a sus problemas con las drogas, y su lugar en la batería lo ocupa Enric Illa; Xavi Tacker –que en realidad entró para cumplir como suplente temporal– anda más o menos como Vila y ha sido despedido, así que de las seis cuerdas se encarga Jordi Pegenaute, sí, el guitarrista que había participado en *La vida por delante*. El resto, se mantiene: los dos históricos Trogloditas, Josep Simón (bajo) y Ricard Puigdomenech (guitarra), además del siempre imprescindible Sergio Fecé (teclados) y Javier "Liba" Villavecchia (saxos). Gabriel Sopena, una vez más, se suma a la *troupe* Troglodita con sus canciones, coros, armónicas y en la dirección de las voces.

Instalados en el estudio, y aunque la producción es del propio grupo, pronto descubren que no es muy fácil hacerse entender por el técnico de sonido y asistente de producción David Yorath, quien tiene sus propias ideas respecto a cómo debe de sonar un grupo de rock. Aparte, ya se sabe, en el seno de los Trogloditas las tensiones y la lucha por hacerse con el control musical son moneda corriente: Ricard Puigdomenech tira hacia un lado, Sergio Fecé hacia otro, Gabriel Sopena no asiste como testigo mudo y aporta sus ideas y Jordi Pegenaute, músico bregado en un buen número de experiencias, también quiere hacerse oír. El resultado de todo ello es una grabación que no avanza, con continuas llamadas a Loquillo para explicarle que la cosa no funciona, éste, finalmente, se presenta en el estudio antes de lo previsto –tenía pensado asistir al

final de la grabación, para grabar las voces– e intentar poner orden, lo que incluye una buena bronca con Yorath. La grabación, más mal que bien, se finaliza pero el resultado no puede ser peor: *Tiempos asesinos* está saturado por todas partes, falto de matices, sin relieves, con la voz tratada sin la menor gracia, con las baterías escuchándose a lo lejos. Además, de nuevo, como en *Hombres*, parecen ir a la búsqueda de un rock duro que, definitivamente, no es el suyo. Si toda la primera recta de los años 90 ha sido un camino de rosas, marcado por grandes discos y la consolidación de una nueva estética, aquí Loquillo y Trogloditas tropiezan sin remedio. Quizás por estériles luchas individuales, por falta de un director musical claro que ejerza de tal, por no contar con el productor adecuado o, también puede ser, porque la fórmula, simplemente, ha tocado a su fin, ha dado de sí todo lo que podía y ha llegado el momento de comenzar de nuevo. Sin embargo el daño está hecho y tiene forma de CD, ya es tarde para dar marcha atrás.

*Tiempos asesinos* se abre con "Ciudad muerta" una grandísima canción que muestra al Gabriel Sopena más rockero, pero su crudeza y rabia se pierde en un estruendo decibélico que no le favorece en absoluto. Pero así, con saturación y golpes de furia transcurre un disco que tiene uno de sus momentos álgidos en la versión del "No more heroes" ("Ya no hay héroes", en la adaptación que prepara Sopena), el clásico himno punk que los Stranglers escribieron en 1977 – ¿dónde estabas tú?– y para el que cuentan con la colaboración vocal del mismísimo Hugh Cornwell, líder de la banda londinense.

Otros temas que levantan el disco son "Canción urgente" (de Loquillo y de Ricard, que regresa a la composición) y su mirada al pasado, "Cuando vengan por ti" (Sergio Fecé ajusta con intención una música de aires western a la combativa letra de Loco), el gigantesco y generacional "Treinta y tantos" (también con texto del Loco pero con una música colectiva de Fecé, Pegenaute y Aurelio Morata) y esas dos baladas, desubicadas en este fiero álbum, y que aparecen juntas en la última recta: "Parque Cervantes" (sobre los recuerdos juveniles del Loco, con una gran musicalización de Aurelio Morata y Ricard) y "El amor es algo tan incierto" (de nuevo del tándem Loquillo/Sopena), con esos ecos country que, desconcertantemente, tan bien le sientan a alguien tan urbanita como el Loco.

Loquillo, en la actualidad, recuerda este disco –del que salieron los singles "Parque Cervantes" y "Treinta y tantos"– como un álbum fallido: "Sí, todo falló, pero el primer error fue ir a grabar a Londres, el segundo contar con un exceso de músicos profesionales. Yo no tenía ningún apoyo por parte de Simón y Ricard, y estaba cansado. De todos modos, hay fogonazos: 'Treinta y tantos' y 'No más héroes', la versión de los Stranglers, que quedaron muy bien".

Mención aparte merece la portada, en la que pese al papel esencial que ha jugado en estos años Sergio Fecé, queda relegado al interior y en la foto principal sólo aparecen Loquillo y los supervivientes de la formación original, Ricard Puigdomenech y Josep Simón. Para las fotos, de nuevo se convoca al gran Manel Esclusa.

A finales de ese 1996, el 21 de diciembre, Loquillo se hace a sí mismo un regalo de cumpleaños muy especial: La grabación de un concierto único en el que, por un lado, busca un sonido íntimo, más próximo a los temas menos claramente rockistas del grupo y, por otro, invita a algunos amigos que reflejan parte de la historia reciente del rock español. Pepe Risi, guitarrista y compositor de Burning y Ramoncín representan el rock moderno forjado en los años 70, mientras que Carlos Segarra y Dani Nel.lo (ambos de Los Rebeldes), Jaime Urrutia (de Gabinete Caligari) y Aurelio Morata (de Aurelio y Los Vagabundos y de Los Rebeldes) forman parte de la generación menos colorista y más musical de los años 80. Además, Gabriel Sopena también se suma a la fiesta pues bastantes de las canciones que caen esa noche cuentan con su firma.

Grabado en la sala Bikini, *Compañeros de viaje* –como la canción de Gabriel Sopena incluida en *Tiempos asesinos*– es la máxima aproximación de Loquillo al sonido que la cuadrilla del Rat

Pack (Frank Sinatra, Dean Martin, Sammy Davis, Jr., Joey Bishop y Peter Lawford) desplegaba en sus shows como residentes de los hoteles de Las Vegas: una pequeña banda sonando con mucho swing. Así que para reforzar el sonido de los Trogloditas (con la misma formación que grabó *Tiempos asesinos*) se convoca a Maurico Villavecchia para que aporte el acordeón (lo que dota al sonido de aires mediterráneos), se le da más presencia a los saxos de su hermano Liba y el piano de Fecé se torna más jazzístico de lo habitual. De la producción se encarga Jordi Pegenaute, músico que sabe moverse con igual desenvoltura en el jazz como en el rock, quien logra que los Trogloditas toquen con mayor contención de lo que suele ser habitual en ellos.

El repertorio se nutre de canciones de *La vida por delante* y de los temas de orientación más country de Trogloditas. abriéndose con una versión bastante desnuda de la hermosa "No volveré a ser joven" que da paso a la versión que Gabriel Sopena ha preparado en castellano del clásico "Me and Bobby McGee" de Kris Kristofferson, canción popularizada, principalmente, por Janis Joplin. Sopena, que es además quien lleva la voz solista en esta versión, apoyado en el estribillo por Loquillo, la adapta con ingenio y con varias referencias al Loco. Como no podía ser de otro modo, a este corte le precede una monumental lectura de "El hombre de negro". También desfilan "Los gatos lo sabrán", "La vida que yo veo", "Brillar y brillar" y "John Milner" antes de dar paso a "Balada para un viejo sombrero" en la que se suma su autor, Aurelio Morata, para dar comienzo al set en el que suben los invitados: Jaime Urrutia con el "Caray" de Gabinete Caligari, Pepe Risi con su guitarra en "¿Qué hace una chica como tú en sitio como este?" y con el Loco dándose el lujo de hacer por una vez de Antonio "Toño" Martín, el ya citado primer cantante de Burning. Segarra y Nel.lo ponen voz y saxo en "Un hombre puede llorar", la canción que el primero escribió junto a Loquillo para *Hombres*. Con "Mientras respiremos" se comienza a subir un poco el acelerador, que ya se pisa con fuerza en "Simpatía por los Stones", que sirve de aperitivo a la subida al escenario de Ramoncín, el último invitado de la noche, que canta junto al Loco su formidable "Al límite". El grupo básico cierra el concierto con "Central Park", con destacado despliegue pianístico de Fecé incluido.

Queda un disco genial, que muestra la faceta más personal del Loco, esa que con esfuerzo ha ido labrándose poco a poco, la de *La vida por delante*, pero también la de esas canciones con las que quería romper el cliché con el que se identificaba a Loquillo y Trogloditas y por las que alguna vez ha tenido que pelearse contra sus propios compañeros de grupo.

Un trabajo excelente, por momentos emotivo, con versiones que añaden nuevos matices a las versiones de estudio, un trabajo de esos que apetece escuchar varias veces seguidas pero, ay, lo que son las cosas, finalmente acaba por salir en formato de doble álbum, incluyendo un CD con un directo de la banda mostrando su repertorio más reciente. Quedando, además, *Compañeros de viaje*, el disco que da título al álbum, el que justifica la fabulosa portada (con Esclusa detrás del objetivo), ¡relegado a segundo CD!

El mal está hecho y así es *Compañeros de viaje*, un álbum doble con un segundo CD maravilloso, opacado al ir precedido por un directo de los Trogloditas cuyo valor para el seguidor es el de tener temas diferentes a los incluidos en *¡A por ellos...! Que son pocos y cobardes*. Lo cual es un detalle, pero el sonido no es precisamente perfecto (como si el CD rockero se hubiera tratado con más descuido en el proceso de mezclar y masterizar), con la banda descargando como una enfurecida tormenta de esas que se producen a final del verano. Así es esta banda en directo, así ha escrito su historia, a hachazos enfebrecidos, como si tuvieran prisa en acabar con cada canción y hasta que no pasan el ecuador con "Maldigo mi destino", no parecen dispuestos a bajar un poco el ritmo. Y sí, conservar un directo de 1996 tiene su valor, sobre todo por guardar versiones en vivo de "María", "Maldigo mi destino", "Treinta y tantos", "Hombres", "El parque Cervantes" o "Los ojos vendados", pero se recomienda la audición de cada CD por separado, hay que entenderlos como dos discos que no tienen nada que ver entre ellos y que sólo comparten carpeta. Aunque, en realidad, el concierto de aquella noche fue exactamente así: Una primera parte rockera y la segunda más tranquila, pensada para el álbum.

## Tiempos duros

*Compañeros de viaje* marcó el fin de toda una etapa discográfica de Loquillo, pues el disco prorrogaba el contrato finalizado con *Tiempos asesinos* y EMI, en un periodo definido por continuos cambios de responsables, optó por no renovarlo debido a las tensiones con el mánager del Loco, Gay Mercader: "Gay provocó una situación muy incómoda –rememora Loquillo– y en un momento dado llegó a amenazar a un directivo". Aún así, Loquillo presentó el proyecto de su siguiente disco, *Con elegancia*, la continuación de *La vida por delante*. Pero en la discográfica no quisieron saber nada.

*Con elegancia* era una manera de volver a escapar de los Trogloditas, pues es consciente que el grupo no funciona bien: los muchos años de luchas internas, de rencillas y de desconfianzas pasan factura y estar allí en medio no es la mejor manera de ser feliz. Así que, de nuevo, Loquillo se refugia junto a Gabriel Sopena y sus poetas para dar forma a este nuevo trabajo, que verá la luz en el sello catalán Picap, especializado en grabar música en catalán, tanto de rock como de cançó, pero que en aquellos días se abre a Loquillo, Ramoncín y Gabriel Sopena.

El segundo disco "de poetas" –así se los conoce entre sus seguidores– se pone en la calle en mayo de 1998 envuelto en un exquisito diseño que acoge la producción que ha preparado Jordi Pegenaute asistido por el propio Sopena, quienes cuentan entre los músicos con los actuales miembros de los Trogloditas excepto –muy revelador de la situación interna del grupo– los más veteranos, la pareja de Vic que representa, muy probablemente, la fracción más inmovilista. Aquí están Sergio Fecé en los teclados, Enric Illa a la batería y Liba Villavecchia con los saxos, además de los propios Pegenaute (en guitarras) y Sopena (guitarras y voces). Del bajo se encarga David Mengual, uno de los mejores músicos de jazz del país, que ya participó en los directos de *La vida por delante*.

Se trata de una producción perfecta, que se recrea en el sonido del órgano Hammond, en la cercanía de las muchas guitarras (eléctricas y acústicas), en los matices del saxofón. Se incorporan con tino y mucho gusto secciones de cuerda y viento, los coros y las segundas voces se tratan en la mejor tradición pop, se refuerzan pasajes con el acordeón... Por su lado, el Loco se quita prejuicios rockeros, se suelta, se deja llevar, se adapta a la necesidad de cada tema, busca matices y entrega sus mejores registros en una grabación que está a su servicio pero que no resulta complaciente, que le exige eso que tanto ha anhelado, "interpretar", meterse en la historia de cada tema y hacerla creíble. Del mismo modo que el actor se mete en la piel de cada personaje, se transforma para dar vida a esta colección de poemas que tiene en el "Con elegancia" titular uno de sus puntos más emotivos pues se trata de un poema inédito del inolvidable Jacques Brel, cuya viuda permite que Sopena musique para un trabajo en el que también se canta a Luis Alberto de Cuenca, Federico García Lorca, Mario Benedetti, Manuel Vázquez Montalbán (de su ingente obra literaria, la poesía tal vez sea su faceta menos conocida), Jaime Gil de Biedma, Jorge Luis Borges, Juan Manuel Bonet y los poetas catalanes (interpretados en catalán), Joan Salvat-Papasseit y Pere Quart; también se incluye al ilustre maldito, el mejor poeta beat en castellano, Raúl Núñez (argentino fallecido en Valencia un par de años antes) y se recupera "Del barrio", tema que Sopena escribió junto al gran Mauricio Aznar, alma del grupo zaragozano Más Birras y que fallecería dos años después.

No es tarea sencilla destacar un tema por encima de otro en *Con elegancia*, pues es un disco que forma un bloque unitario de mucha calidad y que se recomienda degustar de tirón y con calma. Pero ahí están momentos álgidos como "Cuando pienso en los viejos amigos" con su ascendencia Beatle en cuerdas, metales y coros; "La aurora de Nueva York", con la voz rasposa de Loquillo y el contrapunto del recitado de Luis Eduardo Aute. El blues con swing de "Si me pagaran un millón de dólares por este poema" (con Carlos Segarra en la guitarra); "Con

elegancia", que el Loco canta con la chulería heredada, una vez más hay que citarlo, del añorado Toño Martín, de los Burning. La increíble "Transgresiones", el corte más experimental, con Pegenaute tocando una guitarra slide con el clásico recurso del cuello de botella. Ese tango que es "Del barrio" y que, en realidad, parece un chotis; "Durante la invasión", con un arranque que se aproxima a la estética más fotogénica de Lou Reed, pero que toma vuelos latinos capitaneados por el piano de Fecé; los aires militares de "Quin fred al cor, camarada!", en dúo con, ni más ni menos, Maria del Mar Bonet...

Un disco magnífico, no hay duda. Loquillo nunca ha estado tan cerca del cielo, y nunca ha estado tan a años luz de aquel jovencito que hizo suyos los años 80 con aquellos primeros trabajos que, por (imposible) comparación, ahora se antojan balbuceos. Loquillo tiene 37 años y sabe muy bien los pasos que está dando, asume que parte de su público no lo va a entender, pero poco le importa. Es consciente de que la mayor parte de músicos de su generación han abandonado o sobreviven como pueden gracias a los éxitos del pasado. Es el sino inevitable de la música pop española. Aquí no se deja que los artistas crezcan: la generación de los 70 acabó con la de los 60, la de los 80 con la de 70 y la de los 90 –muy poco rockera, todo sea dicho de paso– ha terminado con la de los 80. De quienes comenzaron junto a Loquillo sólo unos pocos han logrado sobrevivir enteros, sin sonrojarse y en plena creatividad –él, Santiago Auserón (transformado en Juan Perro) o Alaska (recluida por entonces en el *underground* bailable con Fangoria)– y el Loco intuye que el camino a partir de ahora será difícil, que vienen los días más complicados y que es momento de apretar los puños y sacar coraje para contrarrestar las fuertes sacudidas que el viaje va a depararle. Su recurso para la supervivencia será no quedarse quieto, no convertirse en un personaje del pasado aferrado al viejo repertorio de los días de gloria y grabar los discos que la intuición y la inspiración le dicten. Ya no importa tanto el mercado como la creatividad y la libertad –*Con elegancia* es el mejor ejemplo–, las radiofórmulas ya no apoyan a artistas veteranos, la prensa especializada da por muertos a Loquillo y a toda su generación, los medios generalistas apuestan abiertamente por las nuevas tendencias a la búsqueda del público más joven. Ya no queda espacio. Y José María Sanz, que se ha doctorado en la lucha cuerpo a cuerpo no se queda callado, trata de que su voz se escuche, regalando titulares –a veces fuera de tono o desafinados– que le permitan hacerse oír: Si tu música no se escucha, que se oiga tu voz.

Tras la edición de *Con elegancia*, se da cuenta de que Picap no es su sitio. Es como si hubiera descendido de golpe a tercera división: Durante la promoción surgen continuos roces con la discográfica y decide romper con ella, no han pasado ni dos semanas desde que el disco se puso a la venta. Así, *Con elegancia* prácticamente desaparece del mercado, se convierte en un trabajo que poca gente conoce. Pero a finales de 1998, EMI pone en la calle el doble recopilatorio *1978-1998*, un repaso a su trayectoria junto a Trogloditas que sirve para que la banda siga en activo y que los bolos continúen. En enero de 1999, Diego A. Manrique, director de la recién nacida revista *Efe Eme* publica una entrevista en la que el Loco se muestra combativo –desde la portada de ese número se presenta magullado y con guantes de boxeo, en actitud de pelea– y dispara contra todo y contra todos. Unas semanas después, debido a algunas de las declaraciones ahí publicadas, la discográfica Picap demanda al Loco, a Manrique y a *Efe Eme*. Finalmente, se retira la querrela contra el periodista y el medio pero sigue adelante la interpuesta contra él. Si había alguna esperanza de que a *Con elegancia* le quedara algún tipo de vida comercial, ésta se ha esfumado. Tiempo después, un juzgado desestimaré la demanda.

Al menos el directo no falla y los Trogloditas mantienen sus habituales galas, los tiempos son los más duros posibles, pero Loquillo, lejos de amilanarse, y siendo consciente de que puede tirar su carrera por la borda al alejarse del sonido que le permite subsistir en escena, planea su próximo paso. Un gran capricho. Todo un lujo, para ser exactos.

A Loquillo, ya se ha visto, le atrae enormemente esa estética fijada en los años 50 por Dean Martin, Frank Sinatra y el resto del Clan de las Ratas en Las Vegas, la de tipos duros adictos al

buen vivir y al mejor beber, vestidos con elegantes ternos a medida, para los que el día comienza a media tarde y la noche transcurre arriba del escenario acompañados por un grupo de jazz (por una big band cuando entran al estudio de grabación), entre las mesas de juego y en la barra de alguna elegante coctelería. Siempre rodeados de mujeres dispuestas a cumplir sus deseos. Todos sus deseos. De algún modo, José María Sanz es como que siente nostalgia –como en sus primeros días musicales con el rock and roll clásico– por un tiempo que no ha vivido y que por medio del cine y de la foto fija ha pasado a formar parte de la cultura popular de la segunda mitad del siglo XX, la del resurgir de los Estados Unidos tras el periodo bélico. Y Loquillo lleva un tiempo, en canciones como "Mis problemas con las mujeres" o "En Dino's a las diez" y en su manera de vestir cuando se quita el cuero negro, jugando a ser un de ellos, a meterse en la piel de Martin –estar en la de Sinatra sabe que es, sencillamente, imposible; él era "La Voz" privilegiada, y no por casualidad– y fantasear con ese mundo que retrataron películas como *La cuadrilla de los 11* y ese sonido que, sí, Sinatra fijó en sus grabaciones de los primeros años 60 para el sello Reprise. Sabe que no puede ser Frank, pero sí se puede recrear en esa estética y esta vez se lanza con todo un disco, *Nueve tragos*, la máxima expresión del hedonista que Loquillo, currante infatigable, no es.

El Loco sólo entiende el sonido que quiere lograr para *Nueve tragos* en compañía de una big band –una banda compuesta por instrumentos de metal, de viento– y confía de nuevo en Jordi Pegenaute, siempre con un pie en el jazz barcelonés, para que se haga cargo de la producción. Los músicos del grupo básico son los mismos que un año antes han trabajado en *Con elegancia* –Liba Villavecchia (saxo), David Mengual (contrabajo), Sergio Fecé (piano), Jordi Pegenaute (guitarra), Enric Illa (batería)–, de la dirección y los arreglos de la orquesta (doce músicos) se encarga Ramón Escalé, pianista de jazz con experiencia en dirigir big bands.

El repertorio se nutre de nuevos temas y de ese par de composiciones que nacieron pidiendo estos arreglos y a las que Loquillo quiere dar la oportunidad de vestirse de gala y acompañarle en esta experiencia: "Mis problemas con las mujeres" y "En Dino's a las diez". Otra vieja conocida que siempre ha imaginado en pura clave de swing también es invitada: "Caray", de Jaime Urrutia y sus Gabinete Caligari, y que ya incluyera en el directo *Compañeros de viaje*. El resto de temas coquetean con esa estética del *bon vivant*, como las irónicas "Calidad de vida" –una divertida letra del Loco a la que su amigo Urrutia le pone música con maestría: "Yo busco calidad de vida / mientras la gente se suicida"– y "Mi vida es una fiesta", donde una música de Pegenaute pone en pie otro texto guasón de Loquillo (cuyo título toma prestado de un libro de memorias de José Luis de Vilallonga), en el que asegura estar "condenado al lujo y al fulgor". El fiel Gabriel Sopena entrega una canción que se ajusta al contenido del disco, "El día de San Martín", mientras que "Torpedo" (con letra del guionista de cómics y director de cine Óscar Aibar y música de Sopena) es un homenaje a, precisamente, *Torpedo*, el personaje de historieta creado por Enrique Sánchez Abulí y dibujado por Jordi Bernet (del que se incluye una ilustración en el libreto del disco). Una de las piezas mayores del disco se recrea en aquella noche en la que entraba el año 1959 y Fidel Castro junto a sus tropas tomaban La Habana poniendo fin a toda una época de casinos y cabarets con la ciudad cubana como satélite de los mafiosos de Las Vegas afincados en Miami. "Billy la Rocca" es, precisamente, un gángster al que sus amigos, en salida precipitada de la isla, dejan atrás y se ve obligado a permanecer bajo el régimen castrista.

Si hubiera que trazar un hilo en la discografía de Loquillo, éste uniría *La vida por delante*, *Con elegancia* y *Nueve tragos*, ya que aunque por temática éste último no tenga que ver con aquéllos, sí bebe de un concepto musical similar y de las mismas intenciones por salirse de su propio estilo. Un gran disco.

El álbum salió en Zanfonía, un pequeño sello barcelonés recién creado aunque vinculado al estudio de grabación del mismo nombre. Zanfonía tenía la voluntad de publicar trabajos diferentes y, a priori, poco comerciales, pero nacida en los comienzos de la crisis discográfica,

cierra al poco tiempo. En concreto cuando *Nueve tragos* lleva un mes en la calle... Desde luego, Loquillo no está teniendo mucha suerte y sus dos últimas producciones son casi como discos fantasmas.

Aunque este año se estrena *La ciudad de los prodigios*, película dirigida por Mario Camus sobre la novela de Eduardo Mendoza en la que Loquillo interpreta su primer papel en el cine, los contratiempos se suceden: Pretende presentar *Nueve tragos* en directo durante varias noches en el Casino de Barcelona –recordando la idea de los casinos de Las Vegas–, pero cuando ya lo tiene todo atado, los responsables del local se echan atrás aduciendo que la gente que iría a los conciertos ¡quizás no vistiese adecuadamente!

Años más tarde, Loquillo logró recuperar el máster de *Nueve tragos*, pero al escucharlo Jaime Stinus para preparar la correspondiente remasterización se llevó la sorpresa de que habían desaparecido las pistas con la voz del Loco. Y a grandes males, grandes remiendos: Vuelve a grabar su voz para la reedición que DRO pone en circulación en 2007. Así que, en estos momentos, hay dos ediciones de *Nueve tragos*, con dos portadas diferentes y con dos pistas distintas de voz. Si eres coleccionista, guarda ambas copias, y compara las voces.

### Un nuevo aliado

El cambio de siglo trae el retorno discográfico de los Trogloditas tras cuatro años sin disco nuevo de estudio. Un regreso que viene marcado por un cambio importante, decisivo para el futuro, la incorporación en las labores de producción de Jaime Stinus, en quien Loquillo confía plenamente para que trate de reorientar el sonido de una banda que hace tiempo que, está convencido de ello, no funciona. En directo sigue siendo un comando de asalto imbatible, pero más por la experiencia que por la ilusión; sin embargo, en estudio cada cual trata de imponer su individualidad sin pensar en el todo. De tal forma que el resultado final depende de demasiados factores, incluyendo el azar. Algo que al Loco le parece inconcebible. Sobre todo porque *Tiempos asesinos*, la última experiencia de estudio junto a Trogloditas, rozó la pesadilla. Así que Stinus, con el que se entiende, con el que conversa largamente para definir el nuevo disco, será su hombre de confianza, aquel que tiene la difícil misión de poner orden musical en las filas de un grupo que arrastra demasiados tics y, muy probablemente, cuentas pendientes. Un detalle es que en los créditos del nuevo disco se diferenciará entre los componentes de los Trogloditas (Simón y Ricard) y el resto de músicos. Jordi Vila no participa en esta grabación porque Stinus, tras escuchar los ensayos, decide que hay que sustituirlo, de nuevo, por Enric Illa.

Pero aunque Loquillo no confía en el azar, apuesta todo a él: Confía plenamente en Stinus, jugándose, en un momento complicadísimo, al todo o nada... y puede salir bien o ser una equivocación. Para colmo, inicia la grabación del disco sin saber quién lo editará, hecho que oculta a todo el mundo, convencido de que logrará encontrar discográfica. De ese modo, mientras los Trogloditas y Stinus avanzan en el estudio, él intenta solucionar un asunto tan primordial. Finalmente, logra que EMI, su antigua discográfica, sea quien se haga con los derechos de *Cuero español*, pero no en un contrato de futuro, sino ceñido a este único álbum. Las cosas, como se ve, están bastante cuesta arriba.

La banda que graba *Cuero español* es la misma que ya dio forma a *Tiempos asesinos* (¿los "asesinos" regresan al lugar del crimen?): Ricard Puigdomenech, Simón Simón, Enric Illa, Sergio Fecé, Jordi Pegenaute y Liba Villavecchia. Gabriel Sopeña se suma con voces y armónica en algunos de sus temas y Jaime Stinus graba guitarras eléctricas y acústicas, en unos casos para reforzar el sonido y en otros porque cuando Loquillo escucha el material grabado le pide que elimine algunas de las guitarras que se han grabado y las toque él, "el guitarrista de leyenda". Stinus, hombre de larga experiencia y acostumbrado a casi todo en un estudio de

grabación, se enfunda las seis cuerdas y se pone a la labor. El resultado se puede escuchar en algunos cortes de *Cuero español*, en los que las guitarras de Stinus definen el sonido con su habitual elegancia y versatilidad.

En todo caso, *Cuero español*, aunque da inicio a un nuevo periodo en la historia de Loquillo y Trogloditas, no es un álbum de ruptura, sobre todo porque los arreglos y la dirección musical – la básica, la que se ha trabajado previamente en el local de ensayo, levantando los temas– han corrido a cargo de Jordi Pegenaute. Es decir, Stinus no tiene pleno control del sonido: "Jaime tuvo que rehacer mucho –recuerda Loquillo–, reformar el trabajo previo".

*Cuero español*, con su portada recogiendo instantáneas tomadas en el parque de atracciones de Montjuic mientras se desmontaba –uno de esos elementos que tanto gusta cuidar a Loquillo; la importancia del detalle, en este caso, el que marca el final de toda una época de la Barcelona que él ha conocido–, es un álbum muy especial, de sonido denso y compacto pero sin ese armazón blindado que tanto daño hizo a *Tiempos asesinos*, más próximo a la riqueza estilística de *Mientras respiremos* pero con mayor dosis de sofisticación y un tratamiento sonoro mucho más homogéneo.

Dos canciones hacen de *Cuero español*, un disco muy especial, "Quiero acariciar el rock and roll" y "La sonrisa de Risi", ambas escritas por José Casas, más conocido por Pepe Risi, guitarrista y vocalista de Burning. Risi falleció en mayo de 1997, cinco meses después de haber participado en la grabación de *Compañeros de viaje*, pero le dio tiempo de regalarle al Loco estas dos canciones, la segunda de ellas sin título; de hecho, "La sonrisa de Risi" fue como la llamaron durante las sesiones de grabación para aclararse y, finalmente, fue el nombre que recibió. En "Quiero acariciar el rock and roll", con su formidable sonido y una letra que habla de las canciones, del rock de verdad, de la necesidad de respirar rock and roll, el Loco canta con chulería sabedor de estar manejando el legado musical de uno de los creadores más inquebrantables que dio el rock español.

Para interpretar "La sonrisa de Risi", Loquillo convoca a Andrés Calamaro, a quien ha conocido hace poco y con el que ha tenido una completa sintonía. El día de su llegada a los estudios Musiclan se grabó "La sonrisa de Risi", y tras meter las voces –en un dueto espectacular con Loquillo–, cuando todos se fueron a cenar, se quedó solo junto a Jaime Stinus en el estudio, poniendo canciones de las que llevaba en sus CDs, pues por entonces Calamaro –en plena efervescencia compositora– andaba ultimando su disco quintuple *El salmón*, y siempre cargaba cintas y CDs conteniendo canciones que irían o no en ese disco. En un momento dado, le comentó a Stinus que le gustaría participar en el disco del Loco con otro tema, que podían grabar uno de los suyos. Dicho y hecho. Esa noche se registró "El mago Merlín", con Calamaro tocando prácticamente todos los instrumentos. La canción se incluyó en *Cuero español* como *bonus track*, y también acabaría en *El Salmón* de Calamaro, pero con otro título ("El muro de Berlín") y en otra grabación.

Pero *Cuero español* no se limita a estos temas con la firma de Risi o la impronta de Calamaro: Loquillo firma todas las letras de los temas propios, textos que tienden a mirar hacia el pasado y que tienen sus momentos culminantes en "Cuando fuimos los mejores" (música de Gabriel Sopena), un gran fresco generacional, un retrato emocionante alrededor de los días de juventud, marcado por la guitarra acústica y el riff constante de la eléctrica, con arreglos de cuerda y Loquillo enseñando lo que ha aprendido en estos años de sus proyectos paralelos; desde el primer momento, fue un himno. "Malo" (de nuevo musicada por Sopena) es como un golpe en el pecho, el canto a la necesidad de no quedarse parados y Loquillo entrega versos que tienen que ver con su propia realidad: "Inútil huir de lo que eres / Eso siempre te acompañará / que nadie administre / tu historia / es algo tuyo y de nadie más". En "Por amor" vuelve a retratarse, a hablar de sí mismo, de sus códigos, de su fortaleza y de su manera de ser: "No será fácil, viajar a mi lado / dejo huella y cadáveres a mi paso", llega a entonar en una melodía hechizante de

Sopeña. Loquillo, próximo a cumplir 40 años, parece que en este disco reflexiona sobre los días de juventud, sobre el tiempo que, inexorablemente, se va y en "21 de abril de 1981" (otra vez con Sopeña, poniendo música), recuerda el mítico primer concierto español de Bruce Springsteen, para cantar, sin nostalgia, pero tal vez con melancolía que "aferrarse al pasado es morir".

*Cuero español* incluye también, como suele ser habitual en los discos de Trogloditas, una versión de un tema ajeno, en este caso, y en ese contexto de recuerdo de los años 80 que sobrevuela todo el álbum, se trata de "Cazadora de cuero", la magnífica canción del grupo murciano Farmacia de Guardia. Un pequeño hit entre el público más puesto en los días de la movida y un relato en primera persona escrito sobre la muerte de Sid Vicious. Como invitado, se incorpora en las segundas voces el cantante original del tema, el ahora periodista musical Jam Albarracín.

Con el disco en las tiendas, el grupo se lanza a la carretera y Jordi Vila, recuperado de sus problemas, se reincorpora al tren. Loquillo y Gay Mercader deciden separar sus caminos, de forma bastante civilizada, y el Loco se repliega junto a su mánager de carretera, Pablo Rodríguez. Saben que en los conciertos del verano tienen la base del "negocio", y en las salas de invierno al grueso de los fans. Porque, hay que dejarlo claro, durante todo este tiempo la carrera de Loquillo y Trogloditas se ha sustentado en un nutrido grupo de seguidores que sigue bien de cerca, y desde hace veinte años, cada uno de sus pasos.

En el otoño de ese mismo año, EMI lanza un disco muy especial, ideado por Loquillo y pensado, precisamente, para esos mismos fans, se trata de *Loquras*, un CD en edición limitada que recoge directos y maquetas tanto de Trogloditas como de Los Intocables. De Trogloditas se incluyen tres temas ("Pégate a mí", "Magnolia", "Las sombras del autocine") extraídos de un EP (*Lo que hay que tener*) en directo que se editó en paralelo al *¡A por ellos! Que son pocos y cobardes*, material que quedó fuera del álbum, al igual que otros dos más: "Himno de prostitutas" y "María", no editados en ningún formato hasta este momento. A destacar la versión de "María", muy diferente a la que conocemos de estudio. El sonido es el mismo, catastrófico, de *¡A por ellos! Que son pocos y cobardes*. También de Trogloditas se entrega "Motoristas" (de Loquillo y Ricard Puigdomenech), cara B de un single, con Loquillo impostando una voz verdaderamente extraña y otros cinco temas de una maqueta de 1983, que muestra el esbozo de canciones que luego saldrían en los primeros singles para Tres Cipreses o en *El ritmo del garage*. Mención especial merece la toma de "No surf".

De Los Intocables, Loquillo rescata "Los tiempos están cambiando" y "Esto no es Hawai", grabadas en directo en un programa televisivo de 1981 y otros cuatro temas de ese mismo año, recuperados de un directo. Son versiones rápidas, fieras y garajeras de canciones que formaron parte del primerísimo álbum.

2000 también será el año en el que Sabino Méndez, reconvertido en escritor tras licenciarse en filología, decida ajustar cuentas con el pasado en el libro *Corre, rocker*, en el que relata su vida en los años 80 y, por tanto, el camino andado junto a Los Intocables y Trogloditas. Un texto en el que Loquillo no sale muy bien parado y que éste decide no leer, aunque, por terceros, conoce el contenido de los párrafos más polémicos. Con humor asegurará en aquellos días que está bien, que así se alimenta la leyenda... Si la distancia entre ambos viejos amigos era grande, ahora mismo lo que media es un abismo profundo y helado.

Hacia la primavera de 2001 se publica el libro de conversaciones con Loquillo *Un alto en el camino*, cuya autoría le corresponde a quien esto suscribe. Hubo quienes interpretaron ese volumen como un intento por parte de Loquillo de frenar el daño que pudiera haberle ocasionado el bastante vendido *Corre, rocker* de Méndez. Pero quisiera aclarar de una vez por todas la historia real de la gestación de dicho texto: Si existe *Un alto en el camino* es por

voluntad del editor del mismo, quien a finales del verano de 2000 me propuso preparar un libro de entrevistas con Loquillo para una colección que estaba comenzando a andar y de la que se intentaba perfilar en aquellos días sus primeros títulos. Acepté y se lo comenté al Loco, quien también dijo que sí. Ni por parte de uno –el editor– ni por parte del otro –el entrevistado– recibí ningún tipo de directriz, sugerencia o censura de ninguna clase. Para lo malo o para lo bueno, soy el único responsable de ese texto con el que, en modo alguno, traté de responder a lo relatado por Méndez, pues aquel no era mi papel y esa batalla me parecía, además de un tanto tediosa, demasiado enquistada en lo personal y ampliamente superada por el tiempo, por lo menos en lo que a la carrera profesional de Loquillo –y de eso trataba esencialmente *Un alto en el camino*– se refería, con más discos sin Méndez que con él y habiendo demostrado bien a las claras que las buenas canciones y el potencial seguían estando ahí. Cierto que, obligado era, *Corre, rocker* aparece citado en algún momento de las charlas.

El 5 de noviembre de aquel mismo 2001, Loquillo y Trogloditas ponen en la calle su nuevo disco, *Feo, fuerte y formal*. Un álbum potentísimo que publica un pequeño sello especializado en música dance; aunque luce la marca Konga Records, es un subsello de Blanco y Negro. Lo cual da idea de la situación por la que está atravesando Loquillo: Sus cuatro últimos discos han aparecido en cuatro sellos diferente, Picap, EMI, Zanfonia y Konga. Con Blanco y Negro las cosas tampoco son fáciles, pues la discográfica quiere escuchar el disco antes de comprometerse a "comprarlo". Así que el Loco le cuenta a sus socios Trogloditas cómo está la situación pero ninguno da un paso al frente y es él quien se hace cargo en solitario de los gastos de grabación.

En todo caso, José María Sanz es experto en crecerse ante las dificultades y es de los que al mal tiempo le pone buena cara. Aunque hay que reconocer que en este periodo las dificultades empezaban a hacerle mella en lo personal y su habitual sentido del humor –es experto en reírse de sí mismo– le comenzaba a abandonar y en ocasiones dejaba traslucir un cierto poso de honda amargura. Y no era para menos: Peleaba denodadamente por ofrecer buenos trabajos y por no quedarse dormido en los dorados laureles de un pasado de gloria, tocaba infatigablemente –es una época en la que vive en la carretera– y, sin embargo, sus discos ya no suenan en la radio –el *target* juvenil marca la tendencia de las radiofórmulas–, prácticamente no existe para la televisión y no encuentra hueco en una industria discográfica que comienza a sumirse en la mayor crisis que vivirá el sector en toda su historia. Para colmo, a Loquillo su fama de indomable, insobornable e ingobernable no le favorece demasiado. No es un personaje cómodo. En la actualidad, recuerda así este periodo: "No había manera de ver una salida. Son los años más duros de mi carrera, sin duda. Fue más por lo personal que por lo artístico. Me sentía solo, y es muy difícil trabajar cuando te sientes solo."

Sin embargo, y como es habitual, a su nueva propuesta discográfica no se le puede poner ningún pero. Es la continuación mejorada de *Cuero español*, con Jaime Stinus diseñando el sonido, Jordi Pegenaute encargándose de la dirección musical del grupo y con una colección de canciones irreprochable. Además, Jordi Vila vuelve a grabar con los Trogloditas y Loquillo ha dado con un nuevo talento, sangre joven y fresca para la máquina: Igor Paskual, compositor, guitarrista y vocalista del grupo de Gijón Babylon Chat, una banda orientada hacia el glam-rock más delirante y aguerrido. El flechazo tuvo lugar en un concierto en el que Babylon Chat telonearon a los Trogloditas y Loquillo quedó fascinado por su fuerza escénica y por su actitud: Cuando le escuchó proclamar en escena "¡Somos Babylon y hemos venido a follarnos a vuestras novias!", pensó que ese chico tenía algo especial. Tras varios contactos, el Loco le pasó la letra de una canción, "Las chicas del Roxy", por si Igor quería ponerle música y grabarla con los Babylon –como así sucedería–; encantado con el resultado, le fue enviando más textos que Igor puso en pie con sus músicas. La colaboración fue más lejos y en el disco de Babylon Chat *Bailando con Brando* (2001), además de incluir su toma de "Las chicas del Roxy", Loquillo participó cantando en "Viciosa", la versión del clásico "Vicious" de Lou Reed.

Así que Igor Paskual, con cuatro canciones de su autoría, resulta fundamental para establecer la

rítmica de *Feo, fuerte y formal*. Y es que su sentido del glam rock se adapta perfectamente a temas como "Deportivo 7", en el que Loquillo habla de los autos de choque de los 70, cuando la banda sonora la ponían, precisamente, algunos cabecillas del movimiento: Sweet, Suzy Quattro, Slade y hasta Lou Reed o David Bowie, con sus producciones berlinesas. También le saca brillo a "Las chicas del Roxy", ese tema sobre las noches y las chicas que pululan en el local valenciano del mismo nombre y en el que en tantas ocasiones ha actuado el Loco. O sabe cómo darle un punto de rock and roll clásico a la divertida y cáustica "El mánager", canción sobre los personajes con peor fama del negocio musical: "Robará tu talento / Yo lo sé / Aléjate del mánager". También subraya Igor la condición atemporal que tiene la letra de "Territorios libres" creando un himno sobre esos gozosos versos de anarquía y pasiones individualistas que son algo así como el credo *loquiniano*: "Desconfiado como un animal / que defiende su espacio vital / Porque mi patria son sus caderas / Sus labios rojos mi bandera / Mi destino escrito en su mirada / Territorios libres / No sacrificar nada personal / y por el poder jamás pelear / Quiero celebrar triunfos en soledad / junto a las proezas de la gente normal".

Con la llegada de Paskual, quien reduce sus aportaciones como compositor es Gabriel Sopena, que sólo deja su huella en dos canciones: La rumba "Charnego (a la manera de Gato)", un homenaje a la Barcelona de la mezcla de identidades y a la figura del gran Gato Pérez (fallecido en 1990), el argentino que a finales de los años 70 dio un nuevo impulso a la rumba catalana y del que aquí Loquillo toma la estructura de los versos de su "Rumba de Barcelona", en la que daba cuenta de los barrios de la ciudad. En este tema se mezclan con intención el castellano y el catalán para reivindicar "la Barcelona de Candel / de Marsé y de Rabinat / la Barcelona que el Gato Pérez tan bé va fer sonar [tan bien hizo sonar]"; es decir, la Barcelona de creadores que la han sentido como pocos –los escritores Francisco Candel, Juan Marsé y Antonio Rabinat y un músico, el Gato, claro– pero que han usado como vehículo de expresión el castellano (aunque Gato, pese a ser argentino, algunos temas los interpretó en catalán). La otra canción en la que colabora Sopena es "Soltando lastre", en la que pareciera que Loquillo, sobre una melodía impresionante y nacida para perdurar, da cuenta de estos años de dificultades: "A fuerza de golpes / me convertí en fajador / Ya no espero a nadie / A mi contestador / no llegan los mensajes / del mundo exterior / Subido al ring aprendí / cómo ganar un asalto / Al sonar la campana / he seguido golpeando".

Un gran momento lo aporta la canción titular, "Feo, fuerte y formal", que, en realidad, recoge el epitafio que luce la tumba del actor John Wayne. Pero el habilidoso Loquillo se apropia la cita del "Duque" (al que menciona en la canción) y la convierte en un tema magistral al que Carlos Segarra le pone una música fantástica. Con rapidez es una de las favoritas del público en los conciertos. En 2009, fue increíble escucharla totalmente ajustada a un anuncio televisivo de la serie *Los Soprano*: Parecía que había sido creada ex profeso para ilustrar la convulsa existencia del bueno de Tony Soprano y los suyos.

Como suele ser habitual, una versión del rock español se cuelga en el repertorio, en esta ocasión se trata de "Mi calle", de la banda barcelonesa Lone Star. Sí, la misma que Loquillo siendo un chaval veía ensayar en el Clot, cuando los sueños de ser una estrella del rock and roll quedaban muy lejos. "Mi calle" es la primera canción del rock español que abre la vía a la narrativa netamente urbana, incluso resulta sorprendente que en 1968 la censura permitiera que Lone Star registrara una pieza tan cruda, que no pintaba precisamente esa mentira tan dulce que el régimen franquista quería exportar de un país feliz. Loquillo la hace suya y el público la recibe con alegría en los conciertos. El disco incluye otra revisitación, pero esta de un tema propio, "Barcelona ciudad", al que Loquillo le profesa enorme cariño y del que nunca le gustó como quedó la versión original incluida en *El ritmo del garage*.

La joya de la corona de *Feo, fuerte y formal* es "La edad de oro", una canción a la que pone música Jaime Stinus y en la que se busca esa atmósfera que ha definido las formas identitarias clásicas de Roxy Music pero con un toque en las guitarras que recuerda a las que Robert Fripp

desplegó en el *Heroes* de David Bowie. Loquillo canta con ductilidad, e incluso con una cierta fragilidad, una preciosa letra propia sobre el crepúsculo de una diosa de los años 80, aunque, en verdad, está cantando al final de aquellos años, prácticamente al entierro de una generación. Stinus puntea con gusto para que el Loco vocalice aquello de "Los amantes que no se entregan / se abandonan". Como se verá en breve, la importancia de esta canción es mayor que la de la pura anécdota de figurar entre un repertorio esencialmente rockero, pues va a suponer toda una revolución en la trayectoria del barcelonés.

*Feo, fuerte y formal* es un disco que mejora con los años, en el que la búsqueda iniciada en *Cuero español* comienza a dar sus buenos frutos, se aprecia que Jaime Stinus tiene más libertad de acción y que está sentando las bases sobre las que Loquillo pueda encarar la plena madurez artística. De todo ello resulta un álbum imprescindible y muy superior a su antecesor.

A la vez que *Feo, fuerte y formal* se ponía en la calle, y pensando en la campaña navideña, DRO lanzaba en formato de discolibro *El ritmo del garage*, con una nueva masterización de Jaime Stinus y las demás grabaciones que los Trogloditas dejaron en los primeros años 80 en el sello Tres Cipreses. Una cuidada edición que hacía justicia a un álbum histórico del que Loquillo siempre se quejó del mal sonido que tenía.

## Nuevos tiempos

La primera novedad que trae 2002 llega en primavera, con la edición de *El chico de la bomba*, el debut literario de José M. Sanz "Loquillo" –así aparece su nombre en portada–. Sí, el Loco, durante meses, tratando de olvidar los malos rollos que rodean a los Trogloditas, se ha refugiado y evadido en la redacción de esta novela. Se trata de un relato escrito con buena pluma –literaria–, con un lenguaje directo y conciso, en el que sin perderse en florituras –no se puede esperar otra cosa de quien aseguró ver el mundo en blanco y negro–, une recuerdos familiares y propios de infancia y juventud en un recorrido que va de los últimos días de la Guerra Civil a la posguerra pasando por los estertores de la dictadura y llegando a la Transición. *El chico de la bomba* tiene más de biografía –a la búsqueda de la historia de su padre– que de novela, aunque su autor la considere tal.

Loquillo recorre diversas ciudades y ferias del libro para presentar a su nueva criatura, que si bien no es recibida con entusiasmo –en este país que te dediques a actividades que a priori no son la tuya, no suele ser la mejor manera de hacer amigos– no recibe malas críticas. Pero la vida comercial del libro es breve porque, como no podía ser de otro modo, la editorial que la publica, Belacqua, cierra a los pocos meses de poner el libro en la calle... No, definitivamente el nuevo siglo no está siendo demasiado benévolo con el amigo Sanz.

Por otro lado, los Trogloditas no funcionan internamente y meterlos en un estudio a Loquillo le parece tarea imposible, así que este año no hay disco. Percibe tensiones entre Ricard Puigdomenech y Jordi Vila –el primero, de hecho, se había negado a que éste regresara al grupo–, cuyo origen desconoce. Cada día más harto, encuentra en Igor Paskual un buen aliado con el que, pese a la distancia generacional, compartir gustos musicales y un excelente pilar en el que apoyarse para inyectarle brío rockero a nuevas canciones. Así, cuando Babylon Chat telonean a los Trogloditas, siempre lo anima a que toque en un par de temas con ellos. En septiembre, en un concierto en las fiestas de la Mercé de Barcelona, lo invita a tocar con el grupo, lo que provoca una reacción inesperada: Ricard Puigdomenech anuncia su baja inmediata –aunque aguantará algunos bolos más– como guitarrista de los Trogloditas. Por las mismas fechas, Jordi Pegenaute también abandona. Los sustitutos son Xavi Tacker e Igor Paskual, quien recuerda perfectamente que el 13 de diciembre, día en el que cumplía 27 años, actuó por última vez con Babylon Chat y un día después, el 14, daba el primer concierto oficialmente como guitarrista de Loquillo y Trogloditas, fue en Barcelona, en la sala Savannah.

Estaba echando a rodar la gira que iba a llevar a los escenarios durante 2003 el recopilatorio recién publicado por EMI –pensado para la campaña navideña– *Historia de una actitud*, subtítulo *25 años de rock & roll*. Efeméride que se cuenta echando números desde 1978, cuando Loquillo se subió por vez primera a un escenario, hasta el año siguiente a la edición del propio disco, 2003. El principal aliciente es que Jaime Stinus ha remasterizado todas las canciones incluidas en el mismo, lo que mejora considerablemente el sonido pero se desaprovecha la ocasión de lanzar toda la discografía en su integridad remasterizada, lo que sí habría sido una buena manera de celebrar el aniversario. También se incluye una nueva versión de "Cuando fuimos los mejores", grabada expresamente para la ocasión, con Jordi Vila en la batería, ausente en el registro original de *Cuero español*. En paralelo, se pone en circulación una edición limitada con un libreto más elaborado e incluyendo como extra un DVD con una importante colección de videoclips y un documental troceado en varios capítulos con declaraciones de músicos, periodistas y amigos. Ese mismo DVD también se edita suelto, en una versión idéntica a la mencionada. Los coleccionistas pueden volverse locos.

2003 es un año de carretera, de nuevo sin disco de estudio, pero con una de las mejores formaciones de los Trogloditas –con Paskual y Tacker formando un dúo guitarrero arrebatador– y con Loquillo volcado en la producción del documental *Mujeres en pie de guerra*, que está filmando su compañera, Susana Koska, y en el que él ejerce de productor ejecutivo; además, prepara los temas y la grabación que acompañarán a la película, canciones escritas, principalmente, junto a Gabriel Sopena. También se comienza a diseñar el siguiente disco de los Trogloditas.

En la primavera se lanza el single, con videoclip incluido, de la canción "¿Dónde estás?", extraída de *Patente de corso*, el formidable primer LP de Jaime Urrutia, pero en una versión muy especial, grabada de nuevo y en la que al ex Gabinete Caligari le acompañan en las voces Loquillo, Andrés Calamaro y Enrique Bunbury. Una alineación tan de ensueño que incluso se intenta que cobre vida en una gira. Es una idea, precisamente, de Loquillo que finalmente se aborta.

Lo más parecido que se puede ver es el 15 de noviembre en la sala madrileña La Riviera, en un concierto por el quinto aniversario de *Efe Eme* en el que el grupo de Urrutia –Guillermo Martín, Esteban Hirschfeld, Ambite y Germán Vilella– hacen de banda de soporte para un espectáculo único en el que suben a escena Ariel Rot, Jaime Urrutia, Loquillo y Bunbury. La noche, más allá de la mitología rockera entre los aficionados que tienen la oportunidad de asistir al concierto, resulta decisiva para el futuro de los Trogloditas. Y es que Loquillo, para interpretar sus temas, se lleva como escudero de las seis cuerdas a Igor Paskual, quien en los días previos, durante los ensayos en Tablada 25, entra en perfecta sintonía con Guillermo Martín. Ambos, la noche del concierto y en escena, ofrecen un espectáculo de desparrame rockero que no pasa desapercibido para nadie, y menos para la siempre atenta mirada del Loco. Allí hay más que química. Esa pareja, separada por la edad pero unida por el rock, sobre un escenario es pura dinamita.

Amanece 2004 y Loquillo, en compañía de su nuevo equipo de confianza, el formado por Jaime Stinus e Igor Paskual, perfila el próximo disco, aunque sigue sin compañía discográfica. Los que estamos cerca de él sabemos que en aquellos días piensa que su lugar natural es DRO, la compañía que desde que él la abandonara a mediados de los años 80 ha sido adquirida por la multinacional Warner y que es la que más claramente apuesta por el rock español. Pero no termina de decidirse a llamar a su puerta, sobre todo por el recuerdo del pasado. Sin embargo, sabe que necesita romper cuanto antes su actual situación, además, cuando un par de años antes DRO ha publicado la edición en discolibro de *El ritmo del garage* ha tenido oportunidad de trabajar con David Bonilla, uno de los jefes de producto de la compañía. La relación, para su completa sorpresa, ha sido perfecta y en Bonilla ha encontrado a alguien que le entiende y

escucha: "Fue impresionante, la primera vez en diez años", comenta. Así que, por mediación de su mánager de aquellos tiempos, Manuel Notario (de Hook), se anima a ofrecer sus servicios a DRO. Tras diversas negociaciones, el Loco sale de las oficinas de la calle López de Hoyos con un contrato que le une a una discográfica potentísima –en la práctica, Warner–, la que más puede hacer por levantar su carrera discográfica, prácticamente rota desde hace seis años.

El nuevo disco, publicado en abril, es *Arte y ensayo*, título que, como siempre, es una declaración de intenciones, rubricadas en esos versos que afirman "Admito mi estilo minoritario / buscando un lenguaje de arte y ensayo". Loquillo asume que las grandes audiencias han quedado atrás, hace tiempo que, intencionadamente, graba los discos que le viene en gana, aquellos que le apetece a cada momento, en completa libertad. Sus ambiciones son limitadas, no quiere conquistar el mundo, ahí, en la cima, ya estuvo, ahora lo que intenta es dejar una obra con la que sentirse satisfecho, que perdure aunque no sea entre la masa. Jaime Stinus entiende lo que busca y trabaja para pulir el sonido habitual de los Trogloditas, aún asumiendo que la banda tiene unas características definitorias propias que han de mantenerse pero que se debe mirar al presente y ya no vale la energía por la energía. No es trabajo sencillo el suyo. Jordi Pegenaute colabora dirigiendo a la formación e Igor Paskual aporta sabiduría nueva, frescura, juventud y contemporaneidad desde el clasicismo rockero. Sobre ellos tres descansa el sonido de las guitarras y Jaime, además, se encarga de los teclados, los pianos y esas programaciones que permiten introducir fondos sin necesidad de contratar a una orquesta. Eso sí, hay que saber usarlas, y él sabe.

Es la propia "Arte y ensayo" la canción que abre el álbum, con música vacilona de Paskual, y en la que el Loco narra hacia dónde ha dirigido su cámara, cuáles han sido sus intenciones: "No grabo discos, ruedo películas". La continuación tiene sentido: "Rock'n'roll actitud" –con Juan Mari Montes colaborando con el Loco en la letra y Sopena e Igor compartiendo autoría musical–, el canto de la tribu que no quiere acabar en la reserva, en el geriátrico o, peor todavía, en el parque temático. Una defensa en toda regla del rock and roll. Un golpe en el pecho. Pero hay más, como en "Veteranos" –con música del Carlos Segarra más inspirado–, un tema sensacional, de aquellos que obligan a mover los pies y a corear a los pocos segundos de haberlo escuchado por vez primera eso de "Veterano, sabor de veterano"; que parece publicidad de una marca de coñac *made in Spain*.

En un disco que tiene mucho de autoafirmación, el Loco entrega uno de sus textos más sinceros en la intensa "Corre rocker, corre" (con música de Sopena): "Soy el reflejo de vidas anteriores / el resultado de mis contradicciones / vampirizo a los que me rodean / me temen y me desean [...] Mi lengua nunca se duerme / travestido de marginal cultivado / acepto los desafíos / aún me quiero demasiado". Como restos de su autobiografía deja en la potente "El hijo de nadie", con Susana Koska echando una mano en el texto e Igor Paskual poniendo ritmo mientras mira hacia el country-rock que tanto gusta al Loco.

El punto más leve de un álbum bastante denso lo marca "Restos de serie", sobre las historias de una noche que es mejor no recordar por la mañana; de nuevo, Sopena y Paskual comparten autoría musical, formando un buen tándem que arrastra con chulería una melodía que echa raíces, una vez más, en el Lou Reed de los años 70. "Luché contra la ley" es la habitual versión, en este caso del "I fought the law" tema de Sonny Curtis según la lectura de los Clash.

Jaime Stinus encuentra estilo neoyorquino para "Personajes de Fitzgerald", la cumbre vocal de Loquillo en este trabajo, y ese es uno de los aspectos en los que está ganando Loquillo junto a su nuevo productor, que su voz aporte nuevos colores y tenga por fin el tratamiento que merece. Ambos, el Loco y Stinus, y siguiendo el camino abierto en "La edad de oro", cierran el disco con el pop entre algodones de "Johnny et Sylvie", inspirada por la relación que unió en los años sesenta a las máximas estrellas del pop francés, Sylvie Vartan y el gran ídolo musical del Loco, Johnny Hallyday. Un tema precioso, orquestado en algunos pasajes, con aroma del Sena en el

estribillo. Una pieza bien bonita, que contrasta por su delicadeza con el resto del repertorio.

2004, tras la escasez discográfica de los dos años anteriores, traerá, en el mes de octubre, una segunda novedad en forma de CD, la banda sonora de *Mujeres en pie de guerra*, el documental de Susana Koska sobre las mujeres que, en diferentes frentes, lucharon por la libertad en el periodo que va de la Guerra Civil a la Transición y que el Loco ha producido. En realidad, *Mujeres en pie de guerra* más que como una banda sonora al uso hay que entenderlo como el brazo musical de la película, pues la complementa y tiene vida propia. Y aunque en la discografía de Loquillo quizás muchos lo interpreten en el mejor de los casos como un trabajo paralelo y en el peor como menor, se trata de una obra fundamental en su trayectoria. El disco que, definitivamente, va a marcar el rumbo del futuro, en el que, por vez primera, Jaime Stinus empieza a dibujar con pulso firme y en libertad un nuevo sonido para su amigo, sin arrastrar la (uno intuye que en estos momentos, cada vez más pesada) "carga" de tener que deberse a la estética Troglodita.

*Mujeres en pie de guerra* nace desde la independencia y desde la más completa contención presupuestaria pues se trata de un proyecto que se graba a las bravas, sin contar con la discográfica, pues, de hecho, el arranque de la grabación es anterior a la firma con DRO. Por ello hay que entenderlo como un álbum de transición que, pese a contener momentos enormes, no termina de desarrollar todas sus posibilidades. Además, se grabó en un periodo muy dilatado de tiempo (antes que *Arte y ensayo*), en diferentes sesiones y con diferentes equipos de músicos. Stinus, en todo caso, realizó un notable trabajo de postproducción en su propio laboratorio de sonido, Clandestinus. Entre los músicos con lo que contó figuran Jordi Pegenaute, Jordi Vila, Josep Simón, Sergio Fecé, Gabriel Sopena e Igor Paskual.

Puestos a ubicar *Mujeres en pie de guerra*, habría que situarlo justo al lado de los discos de poetas, pero aquí el repertorio es esencialmente propio y el sonido... distinto. Claramente diferente, menos premeditadamente clásico que el de aquellos, más contemporáneo y con esos colchones sonoros que trabaja Stinus que, una vez empastados con las tomas básicas instrumentales casi que conforman un muro en el que todo esta definido y perfectamente audible, pero con la voz al frente y dejando por momentos espacio para que los solos –de guitarras, pianos, batería, armónica...– brillen cuando deben de hacerlo. Dicho de otro modo, estamos ante soluciones sonoras que se aproximan a las tratadas en "La edad de oro" y "Johnny et Sylvie"... Todo está muy pensado y las canciones no fallan: "Antes de la lluvia", del Loco y Sopena, emociona; en "Viva Durruti" Loquillo cuenta –como en las primeras páginas de *El chico de la bomba*– con sobriedad pero con tono heroico la caída de Barcelona en 1939 ante el ejército fascista. El final es tremendo, con los siempre hechizantes tambores de Calanda.

La hermosa "Mujeres en pie de guerra", con el piano de Sergio Fecé en primer plano, cuenta con un bello texto de Loquillo inspirado por Antonio Rabinad –el escritor barcelonés, vecino y amigo de su familia–, que se resume en ese "la guerra que perdimos los hombres, vosotras supisteis ganarla" que define perfectamente la filosofía de la película. Junto a ella habría que situar "Armando al amor", una canción bellísima de Gabriel Sopena –¿cómo es posible que este hombre lleve años sin grabar discos a su nombre?!–, cantada por Loquillo haciendo de cantautor al uso.

"El año que mataron a Salvador", del Loco y Gabriel, sobre la muerte de Salvador Puig Antich –ejecutado a garrote vil por el régimen franquista en 1974, con sólo 25 años–, es una de esas canciones demoledoras que se mantienen en pie por sí mismas, con ese punto épico tan habitual en Sopena. Y vale la pena prestar atención a su armónica, a la segunda voz de Igor Paskual, a los arreglos orquestales de Stinus, a la voz de Loquillo... Hay mucha música en este disco, y muy bien tratada. Pero este es un álbum que también deja espacio al rock, como en "El futuro denegado", donde los Trogloditas recuperan el espíritu de los Clash.

Dos versiones completan *Mujeres en pie de guerra*: la que cierra el disco, "De tripas corazón", del siempre inspirado Luis Eduardo Aute, tratada con una elegancia francamente encomiable y, ni más ni menos, que "La mala reputación", en esta ocasión grabada junto al inconmensurable Paco Ibáñez. Pero, para colmo, está grabada a su aire, sólo con las voces de ellos dos y con el único acompañamiento de la guitarra española del propio Ibáñez. El Loco recuerda que, al llegar al estudio, Ibáñez decidió que no quería grabar en la sala y prefirió hacerlo en el propio control, con cada uno en un micrófono mientras el viejo maestro rasgaba la guitarra. Se recomienda escuchar este tema con auriculares y fijarse en la mezcla que ideó Stinus, con la voz de Loquillo situada en el canal izquierdo y la de Ibáñez en el derecho. Además, los micros capturan con absoluta nitidez la respiración del venerable Ibáñez.

### **El directo definitivo**

Desde la aparición de *Arte y ensayo*, el grupo ha estado rodando en directo, pero con algunos cambios importantes: Ya antes de la grabación, se había descolgado Xavi Tacker. En paralelo, y desde aquel concierto de noviembre de 2003, tanto Igor como el Loco han seguido de cerca los pasos de Guillermo Martín, y mientras están concentrados en pleno proceso de grabación, Loquillo se entera de que Martín está libre después de que Jaime Urrutia desmontara su banda de directo. Es el momento: Le propone unirse a los Trogloditas. Guillermo lo recibe como todo un orgullo y se incorpora a los directos la gira que presenta ese disco. De este modo, los Trogloditas no sólo ganan a un excelente y entregado guitarrista, sino a toda una leyenda del rock español. Un mito por sí mismo, cuyo nombre será coreado en los conciertos por un público que sabe que ese carismático tipo largo y delgado con pinta de acabar de aterrizar del planeta Stone, fue el alma de los Desperados, estuvo en los primeros Rodríguez, ha lidiado armas junto a Ariel Rot, ha sido brazo derecho de Andrés Calamaro y ha sustentado el sonido en directo de Jaime Urrutia. Alguien que lleva el rock and roll en las venas.

En ese arranque de la gira de 2004, otro cambio importante se produce con la salida de Pablo Rodríguez, y la entrada como mánager de carretera de José Lapuente, músico zaragozano con su propia banda, Proscritos, y que entiende perfectamente el funcionamiento de un grupo de rock. Él aporta una nueva manera de hacer las cosas y una cierta dosis de frescura.

Pero no todo son buenas noticias, a final de año, y por vez primera, Loquillo y Trogloditas tienen previsto girar en Argentina y Uruguay, pero la gira se suspende al serle detectado a Guille Martín un cáncer de pulmón, del que será operado a comienzos de 2005. Para suplir su puesto en los conciertos españoles se reincorpora al grupo el siempre dispuesto a echar una mano Jordi Pegenaute. También se decide prescindir de Sergio Fecé, con el que en los últimos tiempos resulta difícil entenderse. Y para acabar de arreglar las cosas, Jordi Vila ha vuelto a engancharse a la heroína y ha creado un grupo propio en Madrid a espaldas de los Trogloditas. El Loco lo despide. Con los Trogloditas, uno no tiene tiempo de aburrirse.

Se incorporan dos nuevos miembros al grupo: El zaragozano J. R. Vericard "Cuti", ex componente de los rockabillys Dynamos, a los teclados y el veterano Toni Jurado en la batería. Igor Paskual se hace cargo de la dirección musical del grupo. En paralelo, Guillermo Martín va poniéndose en forma y sube junto al grupo en algunos conciertos. Lo que no quiere perderse de ningún modo son los dos previstos para octubre de los que saldrá el nuevo disco.

Sí, en octubre, y con Jaime Stinus como director musical y productor, el grupo va a registrar en audio y vídeo dos conciertos, uno eléctrico y multitudinario, y otro acústico e íntimo. El primero tiene lugar en el BEC, el recinto ferial de Baracaldo que dispone de un inmenso recinto multiusos, y el segundo en La Rulot, una pequeña y coqueta sala barcelonesa en la que Loquillo dio inicio a la gira de 2004 con un ensayo general. El lujoso pack conteniendo los dos conciertos, en dos CDs y dos DVDs, diferencia perfectamente ambos shows, incluso en la

realización, el de Baracaldo es en color y el de Barcelona en blanco y negro.

*Hermanos de sangre* (que así se llamará el álbum), aunque nadie lo sabe en ese momento, será el último disco de Loquillo y Trogloditas, y visto desde la distancia, la despedida no podía ser mejor: un directo repasando toda la carrera del grupo y con un sonido apabullante. Los anteriores directos enlatados palidecen al lado de la calidad desplegada en estas dos grabaciones en las que la banda la integran, además de Loquillo, claro, Josep Simón (bajo), Igor Paskual (guitarra y coros) y Guillermo Martín (guitarra y coros), con la colaboración de J. R. Vericard "Cuti" (teclados), Toni Jurado (batería) y el mismísimo Jaime Stinus en las guitarras. Y aquí hay que abrir un paréntesis para explicar que Stinus hace años que, por decisión propia, no toca en directo, prefiere la discreción de los estudios de grabación y en la intimidad comentaba que, incluso, sufría de un cierto "pánico escénico", pero las circunstancias mandan: Guillermo Martín, aunque le pone voluntad, no está al cien por cien, así que a él, el veterano guitarrista de mil aventuras, le toca vestirse el traje de faena y subirse al escenario por el bien del proyecto musical que dirige.

Como invitados, en Baracaldo se cuenta con Fito Cabrales (poniendo voz en "Luché contra la ley", como ya hiciera en un single que había salido unos meses antes) y, en la cúspide del morbo histórico, después del muy mediático desencuentro con Loquillo de más de quince años, con ¡Sabino Méndez! Sí, no es una alucinación colectiva: Al final del show, en "Rock and roll star" y "Cadillac solitario", sus dos canciones más míticas, Sabino Méndez guitarrea y canta junto a su viejo enemigo... Porque ambos, unos meses antes y después de todo lo pasado y llovido, se han reconciliado. El pabellón se viene abajo de la emoción. Y es que no somos nadie. En el concierto de Barcelona, como no podía ser de otro, es el imprescindible Gabriel Sopena el que salta al escenario para acompañar, con guitarra y armónica, al grupo en tres temas.

El primer CD/DVD, el del concierto en el BEC, muestra cómo los temas –de todas las épocas pero sobre todo de los últimos años– toman nuevos bríos, con amplio despliegue de guitarras, la base rítmica en su sitio, unos coros tratados con perfección matemática –si una banda de rock hace coros, o los afronta de este modo o mejor que lo deje estar– y un Loquillo crecido para la ocasión, cantando con soltura y con la impagable experiencia que le dan cerca de treinta años pisando escenarios; compárese la voz en "Todo el mundo ama a Isabel" con la original de *Morir en primavera*, el poso que ha dejado la experiencia en su garganta es inmenso.

El DVD de este concierto incluye la inédita y medio country "Tatuados", del Loco e Igor, que se excluye del CD. Tema que sí se incorpora en el audio de Barcelona, al igual que otros dos inéditos: "Hermanos de sangre" (del Loco y Sopena) y "Canción del valor" (de Igor, preciosa). Hay otro tema que se comparte en ambos repertorios, "Rock & roll actitud", que abre el show de Baracaldo y cierra el de Barcelona.

Ese segundo concierto –y segundo CD/DVD– muestra al grupo en acústico aunque van encontrándose con la electricidad conforme avanzan los temas. Y mientras se escucha, no se puede dejar de pensar que en los shows de Loquillo se echa a faltar un set acústico que permita –a artista y a público– acercarse a esa otra faceta que tanto tiempo lleva moldeando. En el repertorio de este CD no tira mano de los discos de poetas, aquí están *Mujeres en pie de guerra* y temas de los últimos tiempos, además de los inolvidables "Brillar y brillar" (con coros que remiten a Crosby, Stills y Nash), "El hombre de negro" y "Rompeolas". Son nuevas lecturas con arreglos actualizados que aportan nuevos matices a estos clásicos.

2005 finaliza, como el año anterior, con malas noticias: Guille Martín sufre una neumonía y es hospitalizado. Su salud está muy minada y es un hecho que no podrá incorporarse al inicio, en marzo de 2006, de la gira *Hermanos de sangre*. Pero Loquillo consigue lo que unos meses antes parecía imposible, que Jaime Stinus regrese definitivamente a los escenarios. De este modo, el maestro de las seis cuerdas se suma a los Trogloditas para ocupar el lugar de Guillermo Martín.

También se ha incorporado como batería Laurent Castagnet, un músico francés que "ficha" Igor Paskual y que ya llevaba un tiempo rodando por España en bandas como la de Miguel Ríos.

En algún concierto de la nueva gira, Guillermo se sube a tocar con el grupo, con más voluntad que fuerzas pues su cáncer de pulmón avanza inexorable en su cuerpo. El 3 de junio los acompaña por última vez en escena y el 18 de agosto fallece en Zaragoza. Con él se va toda una leyenda del rock español, uno de esos músicos que entendían el rock and roll como una forma de vida y que ponían pasión en todas las aventuras en las que participaba.

Mientras tanto, en el estudio Gárate de Andoain (Guipúzcoa), Jaime Stinus ha dado inicio a la grabación del próximo disco, con Igor, Laurent y Josep como grupo esencial con el que grabar las primeras bases, sobre las que luego se grabará el disco definitivo, en el que ya no estará Josep Simón...

En este periodo, Loquillo abandona de nuevo Barcelona. Junto a Susana Koska y su hijo, Cayo Bruno, pone rumbo a San Sebastián. Allí desea vivir otra vida en un año que ha sido difícil en lo personal y con una idea que le persigue desde hace tiempo y que se ha negado a poner en práctica, pero que ya sabe será inevitable: Los Trogloditas tienen los días contados.

Pese a todo, el grupo sigue adelante y en 2007 llegan dos acontecimientos para la historia Troglodita: el 19 de mayo, Loquillo acepta telonear, en el BEC de Baracaldo, a uno de sus grupos favoritos, los Who. Es, siguiendo esos códigos que marcan su vida, un reconocimiento a los mayores, una forma de inclinarse ante el magisterio de una de las bandas principales de la historia del rock and roll. Todo un detalle viniendo de alguien que, históricamente y más durante la última década, se ha negado a telonear a nadie. Sí, Loquillo prefiere tocar a las tres de mañana que salir en primer lugar en un concierto. Y cuando se ha visto obligado a hacer de telonero, no ha dudado en ofrecer un show brutal con el que ponérselo muy difícil, por no decir imposible, al artista que venía detrás para mantener la euforia del personal. Todo ello, no crean, sin mala uva, ¡sólo pensando en el bien del deporte!

Un mes después, surge un nuevo reto que, sin dudarlo, el Loco acepta: Abrir (que queda mejor que telonear) para los Stones en su concierto del 30 de junio en El Ejido (Almería). Al enterarse de la propuesta, Gay Mercader, el promotor de las giras españolas de las Stones y antiguo mánager y amigo del Loco, le llama y le invita a hacer lo propio en otros dos de los conciertos españoles del grupo de Jagger y Richards. Así, el 21 de junio, Loquillo y Trogloditas calientan a la audiencia stoniana antes de su concierto en Barcelona y el 28 de junio hacen lo propio en el estadio Vicente Calderón de Madrid. Como invitado en estos conciertos, y como regalo para él, la banda y el público, se suman Sabino Méndez y su guitarra.

Pero el último de esos tres conciertos, el del 30 de junio en El Ejido, tiene algo muy especial, pues será la última vez que Loquillo y Trogloditas actúen con tal nombre. Sí, después del concierto, Loquillo reúne a los integrantes del grupo y les comunica que es el final, que ¡él abandona! Sí, Loquillo abandona a los Trogloditas. Algo inaudito. El mundo al revés. Pero, en realidad, es una forma de acabar con una formación que, en la práctica, hace tiempo que no existe. Y Loquillo lo sabe, pero se ha aferrado, él asegura que por romanticismo, a ese concepto de grupo a, como cantara en "El ritmo del garage", tener una banda de rock and roll. Pero el nombre de esta banda es propiedad de Josep Simón, el músico que menos aporta musicalmente al proyecto.

La historia tiene su miga y bien merece detenerse unos instantes en ella: Desde los primeros tiempos, Loquillo y Trogloditas funcionó como una sociedad igualitaria en la que todos cobraban lo mismo, aunque, en 1985, cuando ficharon por EMI, el Loco logró hacerse con un porcentaje mayor del reparto. Luego, y sobre todo desde la salida de Sabino Méndez, se vio claro que aquel era el proyecto de José María Sanz, pero las cosas internamente siguieron igual:

el dinero se repartía entre Loquillo (algo más) y los tres Trogloditas, los músicos que se incorporaban cobraban como "contratados". El nombre Trogloditas, la marca comercial, siempre estuvo registrada por los tres de Vic y nunca la compartieron con los demás músicos, por mucho que algunos de estos fueran en diferentes etapas el motor musical o llevaran años en las filas de la banda. Cuando Ricard Puigdomenech se marchó, cedió su parte de la marca a Josep Simón y Jordi Vila. Y cuando este último dejó a los Trogloditas, Simón se hizo con el cien por cien del nombre y, según Loquillo, pretendía cobrar por su utilización.

La despedida no fue muy agradable, Loquillo le dijo a Simón que si quería, podía seguir tocando con el nombre de Trogloditas, que no le iba a importar, y que podía preguntarle al resto de la banda si querían marcharse con él. Los integrantes del grupo, no hay que decirlo, se quedaron con el Loco, quien daba comienzo plenamente, a sus 46 años, a su carrera solista. Desde ese momento, sería, simplemente, Loquillo el nombre que figuraría en la cartelería y las carátulas de los discos.

El nuevo grupo de Loquillo, es evidente, nacía sin bajista, pero rápidamente para ocupar ese puesto se incorporó la argentina Laura Gómez Palma, que en los años 80, en Buenos Aires, formó parte de los grupos Man Ray y Suéter, además de trabajar coco con codo junto a la fallecida María Gabriela Epumer. En España formó parte de la banda de Coque Malla y estuvo con los primeros Amaral. Con ella, Loquillo ganaba a un músico versátil, que se mueve con la misma soltura en el bajo eléctrico como con el contrabajo. Además, una mujer en un grupo que siempre estuvo sobrado de testosterona no estaba nada mal. Para colmo, Laura mantiene en paralelo carrera como poeta, con obra publicada. ¿Se puede pedir más?!

Este mismo 2007, Loquillo regresa al cine, en esta ocasión en el cortometraje *Exterior noche*, dirigido en Valencia por el periodista Eduardo Guillot. A finales de septiembre, EMI pone en la calle otro recopilatorio de Loquillo y Trogloditas, *Platinum collection*. Un triple disco que recoge grabaciones de todas las épocas y discográficas pero que al coleccionista no le aporta absolutamente nada nuevo. Comienza a resultar evidente que existe sobre explotación del catálogo discográfico del Loco.

En noviembre, Loquillo y los suyos ponen rumbo hacia América, para ofrecer sus primeros conciertos en Buenos Aires y Montevideo, pero la lluvia impide que debuten en la capital uruguaya, donde Loquillo descubre que el público rockero local conoce perfectamente su obra, lo mismo que en Argentina. Han tenido que pasar casi 30 años desde que comenzara a grabar, pero por fin debuta en América.

## En el Balmoral

Jaime Stinus se propuso elaborar el siguiente álbum, *Balmoral*, con mimo, tranquilidad y tiempo; demasiado para el inquieto Loquillo, acostumbrado a trabajar los discos con más rapidez. Pero sabía que este trabajo iba a ser el definitivo, con el que ninguno de los dos iban a sentirse atrapados por el pasado y el sonido que reclamaban las producciones de los Trogloditas. De hecho, el Loco quería romper con ese pasado, quería sorprender, pretendía que este disco uniera todas esas facetas –personajes, los llama él– que han conformado su historia musical: La del rockero, la del cantautor, la del *crooner*... Jaime, en el papel de cómplice, se había puesto manos a la obra.

Y tanto se había volcado Jaime Stinus en los arreglos y en la producción de *Balmoral* que con él alcanza el punto más alto en su carrera como músico y productor. En *Balmoral* vierte toda su experiencia, toda su sabiduría labrada durante más de treinta años como asiduo de los estudios de grabación –desde que en el lejano 1977 grabara con su primer grupo, Brakaman–, puesta al servicio de una obra y de un artista, su amigo Loquillo, con el que en 2000 decidió emprender

viaje musical y con el que ya suma seis discos (incluyendo el directo *Hermanos de sangre*) controlando el sonido. Un viaje en el que los seguidores hemos sido espectadores de cómo ambos se fundían y crecían con cada nueva entrega hasta explotar completamente en *Balmoral*. Para muchos la obra cumbre de la carrera de Loquillo. Y lo es, aunque él prefiere apostar a que en el siguiente lograrán superar lo conseguido, pese a que reconoce que el listón está muy alto. Jodidamente alto.

Hay que escuchar *Balmoral* y sus trece canciones –la primera y lujosa edición incorpora un segundo CD con tres temas más– con atención para darse cuenta de cómo en un sonido elegante y rico en matices se consigue la tan deseada unidad musical que andaban buscando para que los contrastes –que los hay, y muchos– no chirrién y se pueda pasar del pop bailable de "Sol" al rock de corazón palpitante de "Hotel Palafox" y de ahí al jazz de "Vintage", o que la semicountry "La vida es de los que arriesgan" anteceda a los aires celtas de algodón de "La belle dame sans merci" para ir al rock and roll clásico de "Soy una cámara"...

Cuesta seleccionar unas canciones sobre otras, pues no sólo Stinus se crece en su trabajo, el Loco canta como nunca, sin prejuicios, rockeando cuando hace falta o poniéndose dulce cuando la canción lo requiere. Además, trabajaron con un listado muy amplio de canciones y pudieron seleccionar las mejores, así que no hay temas de relleno. Desde la apertura con el primer "Balmoral" (de Loquillo y Sabino Méndez) al segundo, el que cierra el disco (un poema de Luis Alberto de Cuenca musicado por Jaime Urrutia y Jaime Stinus), todo es material de primera. Esos dos temas abrazan a los otros once, como explicando las vidas que se vivían en Balmoral, ese singular bar madrileño que consiguió permanecer ajeno al tiempo y a los envites de la música de fondo hasta que le llegó la hora del derribo, y al que Loquillo rinde homenaje, representando con su recuerdo el final de una etapa –de crepuscular, define él este álbum– pero también la necesidad de levantarse de las cenizas. En el fondo, el Loco no se despedía sólo de Balmoral, decía adiós a su propio pasado al frente de un grupo de rock que había hecho historia abriendo una nueva etapa.

Y para escribir esa nueva página de su historia, Loquillo dejó algunos de sus mejores versos en canciones como "Memorias de jóvenes airados" (escrita junto a Susana Koska y musicada por Igor Paskual), que se convirtió con rapidez en un himno en los directos, uno de esos temas que pellizcan la fibra de una generación: "Nosotros que estamos siempre alerta / marcamos la diferencia / sin hacer reverencias". Trazó otro retrato personal en "Línea clara" (con música de Stinus): "Dicen que me repito / de lo claro que hablo", canta en una de las piezas más rockeras del disco. En "Hotel Palafox", hablando sobre los recuerdos, él e Igor tejen una trama de seda que desgarran en el estribillo mientras que en "Soy una cámara" vuelve a explicar su sentido creativo, subrayado por otra de esas grandes melodías que idea Carlos Segarra y en "Hermanos de sangre" –la grabación en estudio del tema estrenado en el anterior disco en directo– relata parte de su filosofía vital, esa de la ley de la calle y los pactos forjados para siempre –o hasta que la traición acabe con ellos–.

Fiel a esa idea de que hay que grabar buenas canciones, sean de quien sean, *Balmoral* incluye temas de los fieles compañeros Gabriel Sopena e Igor Paskual y, efectivamente, de Sabino Méndez. Sí, justo veinte años después de que un disco de Loquillo incluyera por última vez temas inéditos de Sabino (fue en *Morir en primavera*), el viejo amigo regresa con el primer "Balmoral", firmado por ambos, y "Sol", una golosina con letra introspectiva sobre el paso del tiempo y una música que en los arreglos de Stinus se viste de ¡pop bailable! Tan buena acogida tuvo este tema que se editó un single para coleccionistas con varias remezclas.

Por su lado, Gabriel Sopena entrega la inspiradísima "La vida es de los que arriesgan", escrita junto al letrista Juan Mari Montes –de los pocos profesionales que hay en España especializados en esto de escribir letras de canciones, un hombre que siempre sabe dar con la palabra y la emoción exactas–. De Igor Paskual en solitario se incluye la formidable "Canción del valor",

también presentada en el directo *Hermanos de sangre*.

Desde luego hay una canción que merece comentario aparte, la fabulosa "Cruzando el paraíso". Con texto del mejor Loquillo y música del siempre certero Gabriel Sopena, este tema contó con un invitado de excepción, una sorpresa que negoció en silencio su discográfica hasta que hubo confirmación desde París y entonces se lo transmitieron al Loco: Johnny Hallyday, su ídolo mayor, estaba dispuesto a cantar, y en castellano, en una canción del álbum. El sueño hecho realidad. Fue el propio Hallyday quien eligió meter su voz en "Cruzando el paraíso". Y a comienzos de 2008, el Loco y Jaime Stinus se reunieron durante dos días en un estudio parisino con el mito por excelencia de la música francesa. Pero no sólo grabaron esta canción, el Loco puso su voz en la versión en castellano de "Sarbacane" ("Cerbatana"), para la edición española de *Le coeur d'un homme*, el disco de Hallyday del año anterior que aquí saldría en 2009.

La colaboración de Hallyday fue como el broche perfecto para *Balmoral*, la obra que presentaba a Loquillo en mejor estado creativo que nunca, recién reinventado a sus 47 años. Así lo entendió la crítica, que se despachó en elogios como hacía décadas que no sucedía. Incluso medios que habían ignorado olímpicamente la mayor parte de su producción de los últimos quince años, festejaban la publicación de *Balmoral*. Lo que hace pensar que, quizás, algunos no se habían molestado en escuchar muchos de esos trabajos, pues hay que recordar que el Loco, incluso en los momentos más difíciles, cuando no tenía discográfica, siempre mantuvo el listón de la calidad muy alto.

Antes de abandonar *Balmoral*, fijémonos en la portada, con Loquillo hecho un dandy –¡en una foto en color!– pero en la que destaca un detalle nada accesorio y que da idea de la generosidad profesional de Loquillo: Renunciando una vez al exclusivo protagonismo visual (tan habitual en los solistas), los músicos participantes en la grabación, los que forman su banda de directo, salen retratados en el interior.

Con su flamante nuevo disco bajo el brazo, y a los pocos días de ponerse a la venta, en abril de 2008, se lanzó a presentarlo sobre los escenarios en una gira que arrancó en Madrid y que le llevó por toda España para saltar en octubre a Perú, Uruguay y Argentina, donde se había editado *Balmoral* con Andrés Calamaro en el lugar de Hallyday en "Cruzando el paraíso". Ese mismo mes, toca en Zaragoza, en un concierto especial en el que le acompañan en escena Perez, Gabriel Sopena, Jaime Urrutia y Carlos Segarra.

En un año en el que todo parece sonreírle, también protagonizó un anuncio televisivo de Coca-Cola, regresó a las pantallas cinematográficas en noviembre, en *La buena nueva*, película de Helena Taberna en la que interpreta a un falangista y ese mismo mes, *Loquillo. Leyenda urbana*, un documental que sobre su vida ha rodado el realizador Carles Prats gana, en el apartado nacional, la sexta edición del festival In-Edit, dedicado al documental musical.

A final de año, Loquillo regala un disco inédito en edición digital para descargar como contribución al décimo aniversario de *Efe Eme*, la revista musical que ha pasado del papel a Internet. Se trata del directo *Ensayos para una gira*, grabado en La Rulot de Barcelona el 10 de abril de 2004 y que sirvió como presentación de *Arte y ensayo*. Parte del encanto de esta grabación estriba en que es el primer concierto en el que Guillermo Martín participó como un Trolodita más. Una rareza para coleccionistas que no existe en formato físico.

En 2009, tras parar de tocar durante varios meses, Loquillo y su banda regresan a los escenarios... Mientras, sobre su mesa de trabajo se acumulan los proyectos... Si por él fuera, ya habría grabado un par de discos después de *Balmoral*. Y es que José María Sanz no es un tipo que pueda quedarse mucho tiempo en el mismo lugar.

Además, está preocupado. Justo cuando lleva treinta años de carrera profesional y está próximo

a cumplir su cincuenta aniversario vital, vive su momento más dulce, y eso le inquieta: Últimamente las cosas le van demasiado bien... y él está demasiado acostumbrado a pelear. En todo caso, podemos estar seguros que no bajará la guardia. Nunca la baja.